

DICE ARGENIS MARTÍNEZ: Nunca me gustó el diarismo, me parecía esclavizante y demasiado exigente a la hora de redactar. Siempre me gustó trabajar bien y a fondo la palabra y un periódico no te permite ese lujo. Pero de nuevo mi gran amigo, Pablo Antillano, que ya estaba en

El Nacional, me llamó para que lo ayudara a cubrir unas vacaciones de 20 días de duración. Me batí como un león, pero terminé diciendo que sí, con la condición de que fueran solo 20 días. No sabía en lo que me estaba metiendo porque después no pude salir nunca más hasta hoy.



Papel Literario

FUNDADO EN 1943

RESISTENCIA

DOMINGO 11 DE DICIEMBRE DE 2022

Dirección Nelson Rivera

• Producción PDF Luis Mancipe León

• Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez

• Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com / papelliterario@el-nacional.com

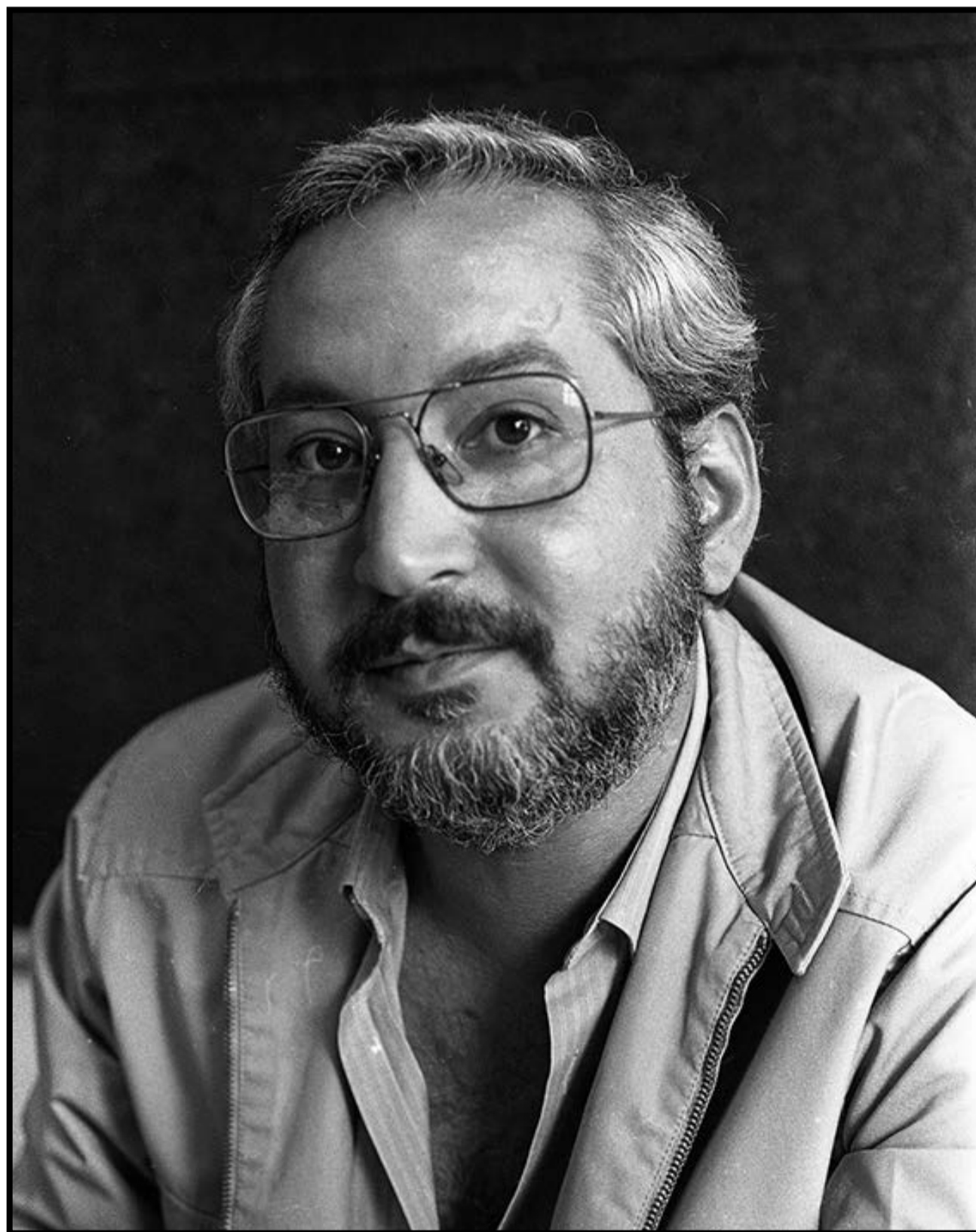
• Twitter @papelliterario

ALFREDO ÁLVAREZ

MEMORIA >> ARGENIS MARTÍNEZ (1943-2022)

Argenis y Galán

Desde su incorporación a **El Nacional** en 1980, el periodista Argenis Martínez se convirtió, primero, en una de las fortalezas de la sección de Cultura, y más adelante, en uno de los editorialistas fundamentales del diario, y en una guía para varias generaciones de reporteros, coordinadores y editores. Por encima de cargos y funciones, de Martínez puede decirse: fue una referencia, un sonriente inspirador, el caballero siempre dispuesto a sugerir el próximo paso editorial



ARGENIS MARTÍNEZ / ©VASCO SZINETAR

En 1989 el candidato del Nuevo Liberalismo colombiano, Luis Carlos Galán, visitó Caracas, como parte de su intensa campaña electoral. Corrían sin prisa los primeros días de agosto. Atrás, aparentemente inerte y para nada peligrosa, había quedado la convulsa resaca del Caracazo, mientras tanto, el país emprendía su hoja de ruta a la muy ansiada normalidad. En Colombia, el país de origen de nuestro visitante, quedaba oculta —pero muy activa y pugnaz— una artera y oscura red de complicidades. Una letal asociación entre los más abyectos intereses, que tramaban su imposterable asesinato. Un decreto que las fuerzas del mal había formalizado sin ningún tipo de rubor.

En un subrepticio gesto, coincidía una sustantiva porción del estamento político colombiano, la cúspide de la pirámide militar-policia, así como el poderoso mundo del narcotráfico. Se habían confabulado para impedir que Galán llegara triunfante al Palacio de Nariño, la vetusta sede del gobierno en Bogotá. No hay duda que se trató de un triste y muy lamentable evento, una tragedia considerada posteriormente un crimen de lesa humanidad. Un verdadero despropósito, un evento que torció de nuevo el rumbo político del vecino y estimado país. Gaitán y Galán desde entonces, nos suenan como notas similares y recurrentes en la triste música de una fúnebre cacofonía.

Ese año de 1989, Venezuela estuvo marcada a fuego por los efectos de una profunda crisis económica, consecuencia del agotamiento del modelo distributivo de la renta, un sordo conflicto que entró a su vez en una crisis más compleja y generalizada gracias a la miopía política de la élite dirigente. Las medidas mal llamadas neoliberales, que tenían como premisa iniciar un proceso de cultura impositiva no obtuvo el suficiente apoyo del estamento político local, incluyendo al partido de gobierno del presidente Carlos Andrés Pérez. Hasta ese momento no existían los impuestos a los productos alimenticios o bancarios, factores ineludibles que contribuyeron a que colapsara el modelo de Estado paternalista. Eso fue un gesto político muy difícil de digerir para una sociedad que había vivido sin mayores preocupaciones, gracias a las bondades de una aparentemente inextinguible renta petrolera y un populismo a prueba de reformas. La tormenta perfecta.

Como salida al caos, en el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez se había propuesto un aumento del precio de la gasolina y de todos los servicios públicos. Su plan de ajustes incluía una devaluación progresiva del bolívar, la liberación del control de cambio a través de la unificación cambiaria, para que el dólar vaya flotando según los parámetros del mercado de divisas. Otras medidas incluían la liberación de las tasas de interés, liberación de los precios, restricción del crédito, fortalecimiento de la balanza de pagos, reducción del gasto fiscal y el aumento del salario base mensual a 4.500 bolívares equivalentes a 310 dólares de la época. En Colombia la barbarie imponía el magnicidio como una salida política y en Venezuela un populismo exacerbado nos obligaba a rendir culto a la vigencia de un estado paternalista.

Para calmar el acoso de los reporteros locales —entre los cuales me incluyo— le preguntamos con insistencia acerca de las amenazas a su integridad física, un secreto a voces que le precedía en su exitosa ruta. Galán nos dijo —para disipar dudas y los miedos— que ante las amenazas de muerte verdaderas por el narcotráfico en su contra, él tenía la certeza de esos hechos, pero que eso no lo detendría en su propósito de

ver a una Colombia libre de este tipo de acechanzas. Nos advertía, como si rezara un mantra inspirador la siguiente sentencia.

A los hombres se les puede eliminar, pero a las ideas no. Y, al contrario, cuando se elimina a veces a los hombres, se robustecen las ideas.

Como un signo emblemático de la narrativa de su campaña, el carismático líder del Nuevo Liberalismo había apoyado sin reservas la extradición a los Estados Unidos de los responsables de haber hecho de Colombia el paraíso de los productores de cocaína. Las consecuencias de esa tragedia aún persisten y nos afectan a todos los latinoamericanos sin discriminación alguna. Los carteles de la droga y los oscuros de-

signios de una política mezquina y miserable harían el resto. Galán moriría dos semanas más tarde en el poblado de Soacha, cercano a Bogotá. La barbarie cumplió con su amenaza. Un magnicidio feroz y corrosivo, aunado a un populismo primitivo, signaron el destino de Colombia y Venezuela.

Es justo reconocer que ambos países poseen una historia común e indisoluble. Un extraño vínculo que los hace practicar sin mesura —y al unísono— un odio mellizal de dimensiones cósmicas, el cual, en su desempeño, no puede ocultar los atisbos de ser también, un clamoroso convenio de amor filial. Las historias nuestras corren paralelas y solo basta calibrar el interés con el cual asistimos a su último proceso elec-

toral, en el cual fue electo como nuevo jefe de gobierno Gustavo Petro. Hago la cita solo para corroborar esa hipótesis, posiblemente algo muy empírica, pero políticamente muy práctica. La muerte de Galán aún nos muere y nos reproduce, pues de haber sido electo presidente otro hubiese sido el destino de Colombia. El destino de CAP también sugiere para este momento su obligante reivindicación política.

Galán para ese momento tenía la misma edad que Simón Bolívar al morir, un hombre por el cual rindió su admiración pública. Visitó el periódico, y allí fue recibido por su plana mayor con los honores que corresponden a un político de su raza. El reportero —HL— que debía estar presente en esa históri-

ca cita, para dar cuenta de los detalles del diálogo, erró su camino y alguna complicación con su pauta diaria lo alejó del diario. Yo, por mi parte, había concluido mi jornada por ese día y dispuse marcharme a mi casa. En mi ruta de salida fui conminado a regresar a la oficina de Argenis Martínez, para ese momento jefe del célebre Cuerpo D de política del diario. Un fascinante equipo de periodistas que constituían una especie de Olimpo del reporterismo nacional.

Como era habitual en él, Martínez resumía en sí mismo toda esa excelencia. Gracias a su compleja, inexpugnable y rica gestualidad, mostraba siempre un gran garbo y un mejor estilo. Algo muy parecido a una extraña y apacible mezcla de deleite-expectación por todo lo que sucedía en su entorno. Eso lo mostraba sin dificultad, sus gestos, por lo general apacibles y casi desapercibidos. Como su mejor recurso mostraba una sonrisa inefable, oculta en una barba hirsuta y elegantemente recortada. Su cuerpo danzaba alegre y el ardor de su mirada advertía el curso de un evento trascendente. Con solidaria elegancia, le restó importancia a la accidentada deserción de HL, y me urgí para que ocupara su lugar. A partir de allí todo cambió para mí. Como un manager de esquina, me dio las instrucciones necesarias para hacer una nota para primera página. Corta y elegante; un privilegio de pocos, según establecían las propias normas del diario.

—Guárdate el resto para una nota de color, más amplia para un segundo día — y sonrió de nuevo, como lo haría un felino satisfecho.

La última instrucción, la referida a la nota de color, despertó nuevamente ese hábito que se expresaban con una picardía demencial, pero muy bien administrada por el sujeto. En Martínez no había nada fuera de lugar y ese era un hábil recurso con el cual seducía a sus reporteros. Con las manos al aire, simulaba escribir en un teclado imaginario. Y desde allí repetía “nota de color”, para sonreír alucinado, como si hubiese consumado la peor de las travesuras posibles. En menos de cinco minutos yo tenía asignadas dos tareas reporteriles importantes. Todas ellas, sin aviso ni protesta de mi parte. Dio un par de palmadas en mi hombro y susurró: “Lúcete, Papín”, y nos dirigimos al salón de la cita.

Galán nos sedujo a todos con su encanto. Le impresionaron mis preguntas, así como mi interés por la política colombiana. En un diálogo abierto y franco nos sugirió salidas comunes a los dos países, con un marcado hincapié en las coincidencias más que en las diferencias que podrían alejarnos. Presenciamos a un hombre de Estado, respetuoso del Estado de derecho. Un periodista curtido y formado en los ambientes de *El Tiempo* de Bogotá, editorialista de fuste en su época de estudiante de derecho en la Universidad Javeriana. Al término de su visita se acercó hasta donde yo estaba y me pregunto:

—¿Qué hace esta noche? Pásese por la embajada y allí hablamos de cosas de periodistas. Hay un cóctel que ofrece por mi visita el embajador.

Yo acepté sorprendido la invitación. Mientras Galán se despedía de todos, Martínez simulaba escribir en su teclado imaginario. Con la cómplice picardía de siempre me repetía su ritornelo, *nota de color, nota de color*.

—Hoy te tocan unos tragachos por cuenta de la embajada de Colombia —me deslizó por lo bajo, con esa inefable cara de tahr florentino, algo que seguramente debió adoptar durante sus estudios en Italia—. No desperdicies la oportunidad y tráeme algo para la primera página de pasado mañana.

(Continúa en la página 2)

MANUEL MALAVER

La verdad escrita, pero bien escrita, sin duda que esta fue siempre la idea esencial del periodismo que palpó en los quehaceres del redactor, editor y director, Argenis Martínez.

Un cincelador del oficio que nos dejó el pasado 14 de junio y cuya impronta en todas las ediciones, cuerpos y páginas que le tocó cerrar en *El Nacional* quedarán como prueba que de los medios impresos pueden acosarse pero no extinguirse.

Nos conocimos una noche de finales de los 80, en su oficina de la sede del ya imprescindible diario, en Puerto Escondido, y, acompañado de otro mago de esos trajines, Alfredo Álvarez, me propuso que asumiera la dirección de *Feriado*, la revista dominical que era la mejor del país en aquellos días. No dudé un solo instante, primero por el reto que de repente, y sin esperarlo, Argenis me ponía en las manos y, segundo, porque escapar al embrujo de sentirme bajo el cobijo del ya difunto pero inmortal, Miguel Otero Silva, me resultaba imposible.

Y así empecé mi historia al lado de Argenis Martínez, un editor para el cual no existían noches ni días para no estar pendiente de lo que se publicaba, cómo corrían los datos, las sospechas, los rumores, lo que se confirmaba o no se confirmaba, y después, la primera versión de la escritura, y la segunda y la última, que era ya el parto o final feliz de una aventura traducida en reportaje, reseña o entrevista. Creo que este era el momento primordial, el vital, el raigal, en el viaje que día a día realizaba Argenis Martínez por la sala de redacción de *El Nacional* y en el que podíamos aprovechar mejor “esas correcciones”, o “sugerencias”, o “tanteos” que siempre fluían suaves, amables, tranquilos y persuasivos.

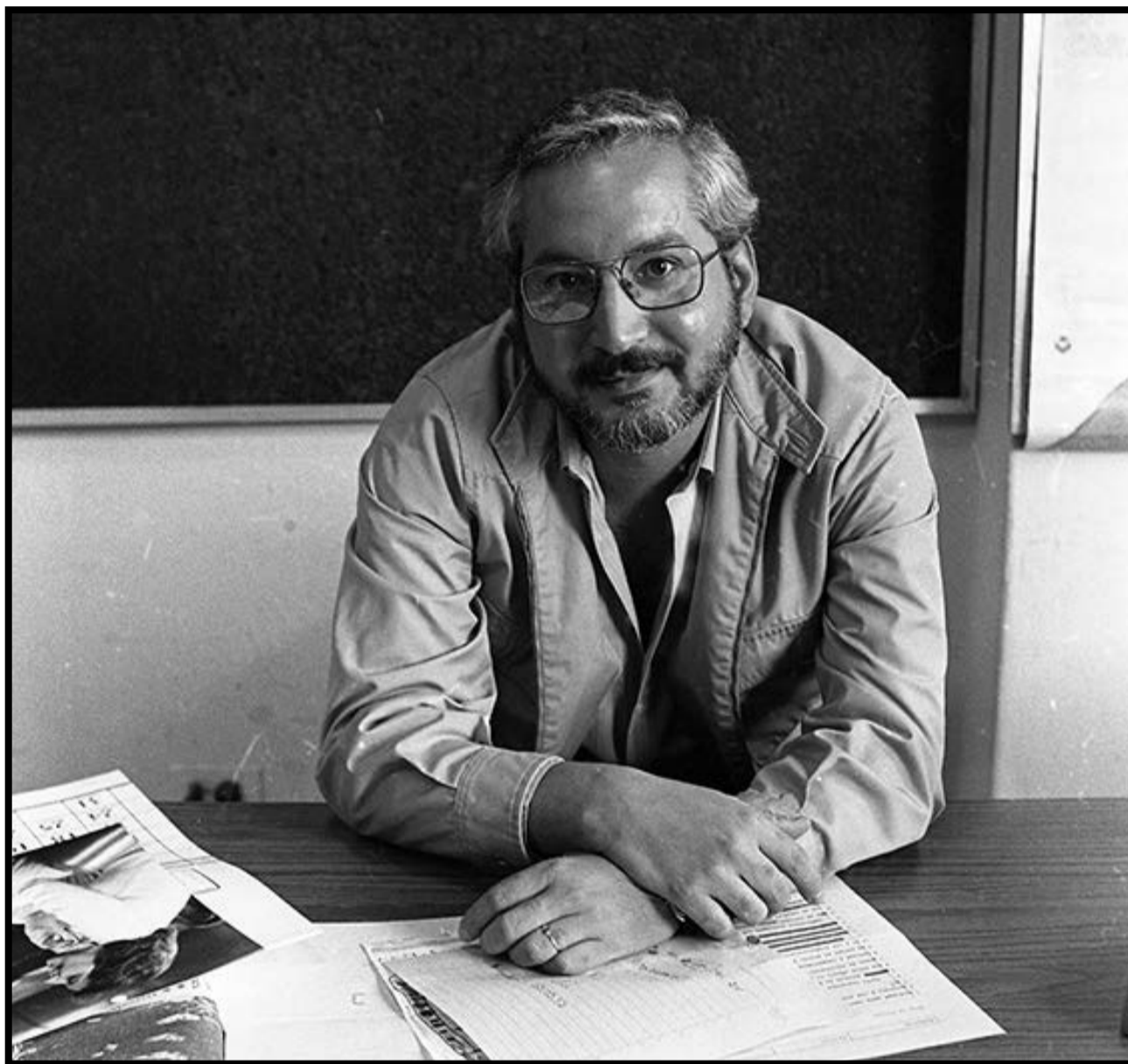
Era un periodista de recuerdos y hacía parte de la tercera generación de comunicadores que ingresó a *El Nacional*, creo que a comienzos de los 80, y por eso había conocido al fundador y director, Miguel Otero Silva, con quien había gastado mañanas, tardes y noches oyendo la historia del periódico, de su nacimiento y crecimiento, de su enfrentamiento con la dictadura del general Pérez Jiménez y después de su hechura, formación y cristalización como el mejor periódico de la historia venezolana.

Otero Silva era también la historia de la Venezuela del siglo XX (había nacido en 1908), contada por su mejor narrador y uno de sus mejores novelistas, poetas y periodistas, y aquí estaba este aprendiz del periodismo trascendente oyendo y anotando, grabando y recordando, para transmitir después a quie-

MEMORIA >> ARGENIS MARTÍNEZ (1943-2022)

El periodista

“Era un periodista de recuerdos y hacía parte de la tercera generación de comunicadores que ingresó a *El Nacional*, creo que a comienzos de los 80, y por eso había conocido al fundador y director, Miguel Otero Silva, con quien había gastado mañanas, tardes y noches oyendo la historia del periódico, de su nacimiento y crecimiento, de su enfrentamiento con la dictadura del general Pérez Jiménez y después de su hechura, formación y cristalización como el mejor periódico de la historia venezolana”



ARGENIS MARTÍNEZ / ©VASCO SZINETAR

nes tuvimos la suerte de compartir con Argenis el afán de agregar continuidad a lo que ya era cultura y tradición.

En ese culto compartió obligaciones

y trabajos con Pablo Antillano, Miyó Vestri, Rómulo Rodríguez, Elizabeth Araujo, Aquilino José Mata, Alba Sánchez, Sergio Dahbar, Roland Carreño,

Soledad Mendoza, Eduardo Delpretti, Alfredo Sánchez (solo nombre a unos pocos), y tantos otros que andábamos por la redacción “esperando a Arge-

nis”, para que nos diera noticias, si nos consiguió el “dato perdido” o si había que establecer algún “otro detalle” a la pauta.

Aunque literalmente nunca tenía tiempo para perderse en conversaciones, tuve la suerte de animarlo a conversar conmigo sobre temas que no eran del interés de nadie pero que se volvían deliciosos e interesantes cuando Argenis se animaba a contarnos su historia, su origen y cómo se habían convertido en íconos de la cultura o del consumismo contemporáneo.

Una vez se largó a contarme la historia del ron, cómo lo habían descubierto en el siglo XVII los esclavos negros que trabajaban en los centrales azucareros de Jamaica, y percibieron que en el bagazo de la caña refinada había un residuo que se podía destilar y salía una bebida deliciosa. Así llegó, primero que a Cuba, a la Marina Británica, y después a los degustadores del mundo hispánico que la consideraron como suya, y crearon marcas en Cuba, Haití, Venezuela, Colombia que hacen las delicias del mundo. “Yo sé que vivimos en un país *whiskero*, pero yo me defino como ronero”.

Por esos “descuidos” en la redacción también podíamos enterarnos de “lo último” en la literatura colombiana, peruana, chilena, mexicana, argentina y venezolana. Un lector empedernido, en definitiva, que, además, participaba en la primera línea de la redacción e impresión del periódico más leído del país, de esa producción entre coloquial, literaria y documental que ya se guarda entre bibliotecas y archivos como la prueba de un país que mientras *El Nacional* se acuerde y extraña, regresará un día a buscar y celebrar a sus creadores.

En Venezuela, el régimen o la dictadura, o el totalitarismo, insiste en borrar el pasado, en desaparecer el pensamiento y su realización que es la razón de ser de los medios impresos. Primero en la lista, *El Nacional* y su director, Miguel Enrique Otero y, con ellos, toda la historia y los nombres de quienes alguna vez o permanentemente se mantuvieron en los talleres, en la redacción, en la imprenta, para que no faltara en las manos de los lectores el diario que, desde su nacimiento, se acostumbraron a no desprenderse de él.

Pero afán inútil, orwelliano y contrario a la decisión de periodistas como Argenis Martínez que, a pesar de que ya no se encuentra entre nosotros, será recordado como cronistas de la talla de Juan de Castellanos, José Oviedo y Baños, Francisco Herrera Luque, Miguel Otero Silva y Enrique Bernardo Núñez, que escribieron para que el país que se llama Venezuela sea eterno. ☺

Argenis y Galán

(Viene de la página 1)

Ese era su estilo, iconoclasta, creativo, sorprendente, audaz, estimulante. Argenis Martínez nos enseñó que siempre había una forma distinta de abordar una noticia para hacerla una gran noticia. Que la forma de escribir la era importante, que los detalles contextuales eran muy útiles para ubicar el dato, el signo, el detalle que hacían de una afirmación periodística, una sentencia inapelable. Ese era el estilo de *El Nacional*, el cual gestó durante toda su vida profesional entre nosotros y el diario. Ahora confieso que había algo de rutina cinematográfica en toda la puesta en escena del periódico. Sin duda Argenis Martínez era el director de toda esa puesta en escena.

Para ese momento ya tenía pautada la nota de color, alimentada esta vez por la invitación a la embajada y algo más que ocurriera por allí, lo que a su vez significaba escribir por los próximos cinco días. Créame que algo así, laboralmente, no era problema para nadie. Gustosos acudíamos a su llamado estimulante, porque con cada nota como esa, crecíamos en nuestro ámbito profesional. Cuando me acompañó a la cita con Galán lucía un exultante orgullo y confiaba en que mi desempeño en absoluto demeritaba la ausencia de HL. Estaba orgulloso de que yo emprendiera esa rutina, y

confiaba que de allí saldría algo muy bueno. Seguramente algún otro editor se habría opuesto a ese cambio, y él sin guardarse nada, libró con elaborado placer la batalla de poder con sus as bajo la manga. Esa era otra de sus virtudes, no rehuía combate alguno y poseía como atributo, la elegancia de un Maquiavelo redimido.

Dámela, pero con color era su exigencia-reto. La franqueza de su solicitud nos exigía liberarnos del corsé que imponían las formas rituales de hacer un periodismo adocenado. Esa consigna traducía, la obligante necesidad de poner a funcionar tus neuronas, tus contactos, tus números de teléfonos, así como los datos ocultos en la libreta de reportero curtido. Ante los días difíciles, eso de pocas noticias y mucha información –esa propaganda que discurre facilona y abundante en los boletines y oficinas de RRPP–, Martínez te sugería como una travesura, “que te fueras por la libre”.

Era su manera de darte la libertad absoluta para reportear como un perro callejero y por lo general nunca se equivocaba. Volvíamos exultantes a la redacción con un fabuloso tubazo –así le llaman a la exclusiva– certificado en el desarrollo de un *baby shower* de la esposa de un político influyente, obtenido en un sauna trepidante gracias a un ministro de Economía aficionado a las púberes, o en la barra de un bar

de alcurnia gracias a un funcionario generoso con las exclusivas y dueño de un ego descomunal. Hacíamos un periodismo lleno de vida, de energía, de vitalidad y de mucha solvencia. Lo hacíamos diferente y eso caracterizó por muchísimo tiempo a *El Nacional*.

La mala hora

El sábado 19 de agosto de 1989 yo estaba franco y me disponía a salir a callejear en compañía de mi hijo Carlos Alfredo. Para el momento intentaba cultivar un hábito padre-hijo que nos hacía unos animados cómplices. Asistíamos temprano a una barbería muy tradicional en Sabana Grande, donde cortaban nuestro cabello, luego visitábamos alguna librería donde el joven Álvarez escogía algún libro o juguete didáctico que le interesaría. Concluimos sobre el mediodía, en el restaurant Jaime Vivas, donde el maracucho disfrutaba algún plato de la especialidad regional. Sin dilaciones se inclinaba por los bollos pelones o el plátano asado con queso de materia.

El teléfono sonó insistente y al otro lado de la línea Martínez, grave y riguroso, me informó que Galán había sido asesinado en un atentado en las proximidades de Bogotá.

–Yo creo que tú debes hacer la nota que va en la C-1.

En la planta baja del edificio, estacionado, aguardaba un carro del periódico que fue por mí para hacer más expedita mi incorporación a una jornada extraordinaria y luminosa.

Al llegar junto a Martínez se encon-

traba el señor Franklin White, director del diario para ese momento. Me dirigí a mi sitio de trabajo donde el archivo hemerográfico sobre Galán reposaba disciplinado y silente. Revisé con calma todo el material disponible, vi las gráficas que había seleccionado. Sin esfuerzo mayor, sentí el solidario apoyo del editor jefe del cuerpo D. Esta vez no hubo mayor recomendación, todos lucían abatidos por la tragedia y un silencio respetuoso teñía la jornada. Martínez me dijo: “Papín, hazlo como tú sabes. Escribe esa gran nota de color”. Me solicitó una crónica muy especial, tanto, que al concluirla logré despejar unas lágrimas sobre mi rostro. Treinta y tres años después me sigue pareciendo un crimen infame.

Argenis, editó personalmente la nota. En sus primeros años en el diario, él fungió como editor. Se trata de un oficio riguroso, serio y exigente, que nos protege de cacofonías, desaciertos ortográficos, yerros de redacción, abusos omisivos en la sintaxis y meteduras de pata. Lo hizo en silencio, quitó pocas cosas y creo que no añadió nada excepcional. Tituló la nota con la asertividad y pulcritud de siempre y la entregó al departamento de diseño. Había esta vez un respetuoso silencio. No hubo las bromas de rigor, ni aquellos comentarios hilarantes-chispeantes sobre el más desafortunado miembro de la redacción. Me dio las gracias y con un corto abrazo cerró su acto de agradecimiento. La urgencia de ese día cortó, para bien, mi descanso sa-

batino. Antes de retomar mi rutina familiar me dijo en voz baja:

–Tómate el lunes y pásalo bien con tu familia.

Yo desatendí la sugerencia que me liberaba de una jornada laboral más. Ese lunes trabajé por igual. No sentía yo que debía suponer algo extraordinario por haber redactado la crónica que dio cuenta del paso de Galán por Caracas, a tan solo a unos días de ser asesinado por unos sicarios pagados por el mal y la ignorancia que nos corroe. Yo recuerdo ese día como un doloroso evento para la democracia de América Latina. Agradezco haber estado rodeado por el apoyo profesional de grandes periodistas en ese día, pues recibí allí unas de las más claras lecciones de periodismo en mi vida profesional.

Aprendí que las cosas en este oficio se pueden hacer siempre de mejor forma. Los lectores deben recibir la mayor cantidad posible de información sobre aquellas situaciones que son de su interés. El resultado debe ser agradable, refrescante, enjundioso, para nada pedante, lleno de datos y sobre todo concluyente. Debe enseñar al lector y de ser posible educarlo. El periodismo debe ser algo vital, también de ser posible, divertido. Eso decía Martínez, mientras tejía un divertido comentario acerca de la nota de primera página, o un yerro-fiasco de algún reportero. En eso Martínez era un maestro.

Solo deseo, que te sea leve la eternidad. ☺

MEMORIA >> ARGENIS MARTÍNEZ (1943-2022)

"No había nada que lo llenara más de orgullo que ser el encargado de las páginas de Opinión del periódico. Decía que era la mejor sección. Y todo lo que él había aprendido de Miguel Otero Silva lo ponía en práctica al escribir el editorial, pero sobre todo al hacer la mancheta"

ANA MARÍA MATUTE

Desde aquella esquina de la redacción de Puente Nuevo a Puerto Escondido se podían ver los cubículos de las secciones de Ciudad, Deportes, y más lejos, Política. Alrededor de las cinco de la tarde aquello era un hervidero. Los periodistas estaban enfrascados entre las pantallas y el teclado, era la hora del "cochino", que afanaba a redactores, editores y jefes en el cierre de las páginas.

Invariablemente a esa hora en aquella primera semana de ocupar el cargo de editora algo me hacía levantar la mirada por encima de la barrera de separación de mi escritorio. Escuchaba risas y voces y veía a un hombre de pelo blanco trajeado con una chaqueta deportiva estilo safari; alto, siempre risueño, narizón con lentes casi invisibles que se apoyaba en las paredes de los cubículos de las reporteras de política y se veía que echaba cuentas. A pesar de la premura de la hora, todos dejaban de escribir para compartir con aquella persona.

Nunca pregunté quién era. Tampoco



ARGENIS MARTÍNEZ, FESTIVAL DE CINE DE MERIDA, 1980 / ©VASCO SZINETAR

se presentó. Se acercó a los cubículos de los editores de Ciudad porque él era así. La presencia de Argenis era como la de un pavorreal en un jardín inglés; sabía que estaba rodeado de "belleza", pero él era el dueño y señor de todo. Sin embargo, la razón por la que periodistas y jefes dejaban todo para escucharlo era una que no se veía a simple vista; era la observación acuciosa, el último dato, la pregunta que te faltó hacer, lo que pasaste por alto, la llamada de la fuente más difícil y alguno que otro chiste, claro.

Lo mismo hacía en Economía que en Deportes; ni hablar de Cultura o Internacionales. Argenis nunca dejó de ser reportero, aunque no saliera diariamente a entrevistar o a cubrir alguna pauta. Hace más de un mes que nos dejó y que todos lo que lo conocían han escrito de sus vínculos innegables con la cultura; pero escuchar a Martínez narrar detalles de un suceso o de las andanzas y relaciones

de algún narcotraficante era toda una experiencia. Quizás era su amor a la novela negra lo que le hacía a veces seguirles la pista a los casos famosos, tanto que guardaba relaciones con las fuentes policiales incluso después de la llegada del chavismo que cerró todas las puertas.

Argenis era curioso por naturaleza. De esos periodistas que quedan pocos, que prefieren averiguar, escuchar, preguntar solo con el deseo de saber las diferentes versiones de la verdad. Y para eso hay que ser sensible, tener los sentidos abiertos las 24 horas. Poco dormía, nunca descansaba. Para él un domingo era, sí, levantarse tarde, pero porque había estado leyendo hasta la madrugada; a eso de las 4:00 pm se iba a su oficina a revisar agencias de noticias incluyendo las fotos, periódicos extranjeros, hablar con los fotógrafos y los reporteros, llamar por teléfono, escuchar cuentos, leer artículos de opinión, editoriales de otros países.

No había nada que lo llenara más de orgullo que ser el encargado de las páginas de Opinión del periódico. Decía que era la mejor sección. Y todo lo que él había aprendido de Miguel Otero Silva lo ponía en práctica al escribir el editorial, pero sobre todo al hacer la mancheta. Me decía siempre que ninguna de las dos cosas podía desaparecer, eran la esencia, el corazón de **El Nacional**, no hay en Venezuela otro medio impreso que las haya publicado diariamente por más de 70 años, y eso no puede pasar inadvertido.

De todo lo que leía, de todo lo que escuchaba, de todo lo que veía, salía un editorial. No era un ejercicio sencillo, yo lo observé muchas veces, en silencio. Lo que sí era espontáneo y natural era el estilo, irreverente, contestatario, contracorriente, sin mesura a veces, sin bozal, hiriente, certero. Aquel periodista que gustaba de las bromas pesadas, de risa fácil, era solo una faceta. En el fondo, Argenis era

franco hasta el dolor con sus verdaderos amigos, con la gente que le importaba. Y como Venezuela le importaba inmensamente, jamás ocultó verdades ni las disfrazó con palabras bonitas ni eufemismos.

La mancheta era otra cosa. Era una chispa, y para que esa chispa prendiera lo que hacía falta era un pedazo de papel en blanco y un lápiz. Esa era la especialidad de Argenis, decir de una manera más llana, usar el lenguaje popular para que un título, una noticia, una realidad llegara a más gente. Quizás provocaba risa, otras veces señalaba algo que pasaba inadvertido, pero así como le enseñó Otero Silva, así fue hasta el último día, con la mancheta le decía a la gente que el periódico era un venezolano más.

No hace falta abundar más en el oficio periodístico de Argenis, porque era su vida. Pero él era otras cosas. Era poeta, era sensible, era vulnerable con el sufrimiento ajeno, y quizás por eso buscaba la sonrisa, el chiste, para olvidarse del dolor propio y el de los otros.

"¿Existe este abandono / que descubro en tu mirada? / ¿Existe acaso / porque no soy / ese extraño que amanece / entre tus miedos y soledades?". Aún quedan sus versos colgados en las redes sociales.

Nunca fue extraño a los problemas de los amigos, nunca cerró la puerta a los cuentos de los colegas. Fue defensor del gremio, decía que había aprendido de Otero Silva que lo más importante de **El Nacional** eran sus periodistas.

Encontrarse sin el quehacer diario del periódico, sin tener que escribir el editorial, sin tener que garabatear la mancheta debió ser un golpe inmenso para Argenis, pero más hallarse sin su familia, sin sus amigos. No sé cómo despedirme, no quiero despedirme. Es mejor de vez en cuando cerrar los ojos y recordarlo entrar a la redacción y gritar "¡Matute!". ☺

Argenis Martínez, un sabio del periodismo y de la amistad

Reproducimos aquí el artículo publicado el mismo día en que se conoció la noticia del fallecimiento de Argenis Martínez, el 14 de junio de 2022

RAMÓN HERNÁNDEZ

Argenis Rafael Martínez Mota es Argenis Martínez, el periodista que se encargó de los editoriales y de la página de opinión de **El Nacional** desde finales de la década de los noventa, cuando el diario que implantó la mancheta como su manera de fijar opinión ante la situación nacional consideró que los tiempos necesitaban más reflexión. Ha sido una tarea admirablemente bien hecha. Un oficio de vida. Una pluma de categoría. Argenis murió este martes 14 de junio y hay dolor profundo entre quienes lo conocieron y aprendieron con él.

Graduado en la Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela, con estudios de posgrado en Italia, hizo del periodismo su centro existencial y de ciudadanía, de compromiso con las mejores ideas y las propuestas más justas, con las equivocaciones y tropiezos de rigor, sin miedos.

Se inició en la escritura mucho antes de los pasillos que abundaban en los pasillos de la escuela en la época de la Renovación Académica, en los que disparaba certeros dardos contra todos los que pretendían una enseñanza sometida a la memoriza-

ción de anécdotas y a cifras circunstanciales, mientras que obstruían la formación de un periodista crítico, cuestionador y apegado a la búsqueda de la verdad. Contaba que estudiando bachillerato escribía discursos a políticos, presidentes de junta de condominio, concejales y hasta a un torero le puso a decir oraciones con sujeto y predicado. Y remataba que los periodistas no eran mecanógrafos de declaraciones sino buscadores de la verdad.

En los años setenta, Argenis integró en la revista *Vea y lea* con otros inquietos periodistas lo que se llamó "el equipo de las grandes verdades", que, como ocurre siempre, se fraccionó en dos toletes. Uno se dedicó a la invención de ese cipotazo editorial que fue *Reventón*, con cierres, cárceles y exilio; y el otro constituyó un emblema radical que se denominó *Punto Negro*, con similares resultados: cierres, cárceles y exilios.

Apagados los miedos a la libertad, el país se hizo más sensato y más apegado a la cultura. Argenis Martínez levó velas con Pablo Antillano en esa aventura que fue el semanario *Buen vivir* y que llevaron al buen puerto de la revista *Escena*, sin duda la publicación más importante sobre la actividad teatral que se ha publicado en Venezuela. Argenis, con su particular paciencia y bien administrado "mal humor", también fue el jefe de prensa del Festival Internacional de Teatro de Caracas en varias oportunidades. Sabía darles exclusivas a todos los medios.

En 1981 entró en **El Nacional** y solo la muerte logró romper ese vínculo definitivo. Empezó como editor precisamente cuando el diario incorporaba las primeras computadoras a las labores editoriales, con los sindicatos



ARGENIS MARTÍNEZ / ARCHIVO

en contra y con el Colegio de Periodistas negándose al progreso. Casi de inmediato pasó a reportear, a dirigir secciones, a ser jefe y a compartir con Oscar Guaramato y Miguel Otero Silva buenas tenidas llenas de humor y literatura, pero también de política, de economía y de las maledicencias que corrían de boca en boca.

Argenis Martínez era ajeno al refulbrón, pero siempre fueron pocos sus esfuerzos por pasar inadvertido. En su caso, siempre puso el cargo a brillar, nunca él con el cargo. Su nombre no aparecía como jefe de redacción, pero todos sabían que detrás de ese periodismo investigador, riguroso y responsable, estaba un periodista de gran calado que no buscaba figuración sino hacer el mejor periodismo: bien investigado, bien estructurado, bien redactado, exactamente titulado y mejor presentado. Despreciaba las patrullas con las sirenas y luces encendidas

en medio de la oscuridad.

Idos Oscar Guaramato y Miguel Otero Silva, su interlocutor fue Simón Alberto Consalvi. Uno y otro eran muy afanados a la información internacional. Escucharlos era darle la vuelta al mundo en acontecimientos, colisiones geoestratégicas y sorpresas a punto de desparecerse.

Pero no hay rigor sin humor, y la capacidad de joder de Argenis era infinita e interminable —una palabra sería insuficiente y dos dejan la impresión de que falta algo. Solo a Argenis se le podía ocurrir presentarse en la redacción un 30 de diciembre, a altas horas de noche, para escribir una lista de peticiones de Año Nuevo para cada uno de los integrantes de la redacción, sin miramientos de niveles. Secretarías, mensajeros o gerentes generales. Ahí estaba el mecate de oro para el adulador, la calculadora para el ejecutivo con problemas numéricos y el colorete para fulana.

El mordaz humor del pasquín *Trompetilla* de los pasillos universitarios aparecía en un ejemplar único en el sitio más transitado de la Redacción de **El Nacional**.

Al conocerse la noticia de su muerte, sus amigos y colegas se expresaron en las redes sociales. Por ejemplo: "Lamento mucho la partida de Argenis. Un gran periodista y un hombre excepcional. Amigo generoso y con un sentido del humor que a cualquiera sacaba de un mal día. Todas las redacciones necesitan gente como él".

Muy generoso y mejor amigo, compartía libros, complicidades y almuerzos, también los intrínquilos de los acontecimientos más extraños y más aparentemente desmenuzados. Conocía a personajes con un amplio historial como "el Cumanés", folklóricos como "el Rey del Joropo", pero también de la contextura moral de predicados como Julio Escalona. Era amigo de todos, y no tenía requerimiento en hablar con recogelatas ni compartir una sonrisa o una de sus salidas.

Como directivo de la C. A. Editora **El Nacional**, a Argenis no le tocó esconderse como en las primeras escaramuzas periodísticas, sino que lo sometieron a un régimen de presentación totalmente inhumano y le prohibieron la salida del país y de Caracas. Un juicio civil, por supuesta difamación, devino en un amañado juicio penal y en la apropiación del diario de más prestigio en América Latina. Argenis lo tomó como otro tropezo periodístico y sus editoriales siguieron siendo valientes y rigurosamente bien escritos. El periodismo que caracterizó a **El Nacional**. Se resintió su salud, pero nunca su capacidad de hacer periodismo de grandes verdades.

Descansa, Argenis, tuya es la paz. ☺

HERNÁN LUGO-GALICIA

MEMORIA >> ARGENIS MARTÍNEZ (1943-2022)

El alma de El Nacional

Reportero nato, alguien que ejerció el periodismo de opinión como un maestro y creó cátedra con las manchetas que describen lo ocurrido en Venezuela en cuatro décadas. Argenis Martínez dejó huellas entre sus colegas que lo apreciaron y admiraban, así como en su familia a quien orientó y mantuvo como norte



ARGENIS MARTÍNEZ / ©VASCO SZINETAR

El periodista suele estar preparado para ir tras las noticias que, en la mayoría, no son buenas y, por lo tanto, se deduce que es alguien muy fuerte.

Aquel 14 de junio de 2022, 166 reporteros no sabían que sufrirían la pérdida de uno de sus fieles amigos, compañero, jefe y buen venezolano.

Esa madrugada sintieron que son seres humanos a quienes el dolor les aflige; viene así, de repente, y que la coraza, forjada en las calles, es débil.

El último soldado del escritor Miguel Otero Silva (MOS) había optado por irse, luego de haber luchado por meses contra un cáncer fuera de su natal Venezuela.

Ese día, Argenis Martínez dio su último aliento en Francia, a donde tuvo que irse, como resultado del destierro que ha causado la tiranía del chavismo en su nación, y que se expresaba en 17 demandas contra **El Nacional**, último reducto de libertad que, al igual que *Tal Cual* y otras docenas de medios regionales, se niegan a ceder ante la barbarie de un sistema comunista represivo, burlesco y antihumano.

Desde 2014, se le obligó a tener el “país por cárcel”, pues debía presentarse ante los tribunales que le habían prohibido salir de Venezuela y, de alguna manera, condenarlo a no ver a su esposa, Mariana Otero, que estaba en Europa, y con quien tenía que comunicarse por teléfono.

Este pesar afectó su salud y poco pudo hacerse luego que lograra salir al reencuentro de los suyos en Francia.

La noticia del deceso fue anunciada en el grupo de periodistas que trabajó en **El Nacional** en diversas épocas, y, no solo rompió el silencio. Brotó el llanto.

“Que noticia tan fuerte”, escribió la periodista Elizabeth Araujo, quien – junto a Omar Pineda, su esposo – lo habían visto en Barcelona, España, y rogaban por su recuperación.

“¡Qué triste noticia! Paz a su alma. ¡Un tipazo, un tremendo periodista y un jodedor en todo momento!”, manifestó Norberto Méndez.

Era, a su vez, la impotencia de no poder despedir al compañero de redacción, al amigo y al maestro del periodismo de opinión en Venezuela.

Un don de gente

Aún estaba fresca en la memoria todos los momentos en los cuales Martínez escribió en ese chat y prometía salir ileso para organizar una gran fiesta o un brindis, como siempre lo hizo en la redacción de la antigua sede del diario en el centro de Caracas, y en la nueva, en Boleíta, en el municipio Sucre, estado Miranda.

“Argenis era el alma de **El Nacional**”, coinciden en describirlo Ana María Matute y Víctor Hugo Rodríguez, VH, quien tenía en común con él, el haber iniciado sus carreras periodísticas en **El Nacional**, en 1980, y convertido en su amigo, en su hermano, junto a otros como Jhonny Villaroel, quienes se identificaban entre sí como “socio”, debido a las aventuras vividas como reporteros y trabajadores del diario creado por MOS. A las mujeres las llamaba “viejas”, por cariño, y ellas les respondió: “Epa, Viejo”.

Y esa “alma” se construyó por años. Desde una silla de redactor, jefe de sección, jefe de redacción hasta en la vicepresidencia editorial de la empresa, por 4 décadas, por lo que en 2018 recibió el Premio Henrique Otero Vizcarrondo al periodista de mayor trayectoria en **El Nacional**.

Martínez nació en Maracay, Aragua, el 2 de noviembre de 1943, pero se trasladó a Caracas porque quería ser periodista. Allí, se graduó en la UCV en medio de la turbulencia política. Fue artífice de la resistencia urbana, y hasta tuvo en la clandestinidad por sus posiciones políticas.

En ese tiempo, formó parte de la revista *Vea y Lea*, la cual se auto-calificaba como “el equipo de las grandes verdades”.

Posteriormente, inició una vida profesional como reportero de **El Nacional** en el semanario *Buen Vivir*, la revista *Escena*, y en el Cuerpo C, junto a Pablo Antillano (que fue su jefe) y Rómulo Rodríguez.

La cultura de la Venezuela de los 70

y 80 fue narrada por él, con tino, con una redacción impecable, al punto que señalado por el escritor Ramón J. Velásquez, en ese entonces director del medio, como “reportero especial”.

Luego fue jefe del Cuerpo B, que contenía las secciones de Política y Economía, y pudo detectar cómo se movían las estructuras de un país que, con el pasar de los años, cayó en manos de un militar barinés, que terminó por destruirlo.

“El soldado de MOS”

Las enseñanzas adquiridas les permitieron ser jefe de redacción, conocer a Venezuela en todas sus expresiones e introducir la automatización del impreso, junto a Víctor Suárez.

Y, en los últimos años, se encargó de dar la cara por **El Nacional** ante las demandas hechas por dirigentes del chavismo y las amenazas del gobierno que buscaba callar al periódico. Al final, el chavismo logró quedarse con la sede de **El Nacional**, más no dobló el alma de Martínez, ni de los periodistas, que desde cualquier trinchera hacen honor al compromiso de defender la libertad y la democracia ante cualquier arrebato del poder.

“Argenis era el alma de **El Nacional**. Conocía su funcionamiento, al personal, al obrero, y a los periodistas y nunca dejaba de reconocer el

trabajo de todos. Era muy feliz cuando escribía la lista con los ganadores de los premios que creó para la redacción: en Semana Santa, la Lista de Judas; en Navidad, de Los Reyes Magos. Todos con una sana diversión y el propósito de integrarnos como familia en **El Nacional**, que compartiéramos, que olvidáramos los momentos dramáticos del país. Todo estaba bien pensado, porque él estudiaba quiénes debían ser reconocidos de manera jocosa y sin que se sintieran agredidos”, expresó Ana María Matute, editora de la sección de Opinión.

La secretaria del SNTP, Ana Díaz, se une a lo expresado por Matute, y agrega: “Gracias por todas esas ocurrencias que nos alegraban en la redacción. Todavía guardo los escritos sobre lo mejor que nos dejó el año anterior, los propósitos del nuevo año, el referéndum bolivariano y los premios, etc. Perdemos una excelente pluma y un buen colega”.

En 2018, Villaroel, ex jefe de Deportes, lo entrevistó y lo bautizó como “El soldado más disciplinado de MOS”, porque Martínez se refería al escritor de *Casas muertas* como “El Capitán”, a modo de respeto y admiración.

“Cuántas historias bonitas y divertidas con Argenis. Su lista de fin de año.

Yo tengo guardada aún la carta física que me escribió, firmada de su puño y

letra, felicitándome por la cobertura que hice en Roma de la beatificación de la Madre María de San José. Que descanse pero siga riendo”, señaló Yelitza Linares, ex jefe de Ciudad.

No un jefe, un líder

Martínez era un ser desprendido, sin amor a lo material.

Su pasión, el periodismo.

Su amor, la familia.

Su querencia, Venezuela.

A pesar de su puesto gerencial, siempre oyó y hasta apoyó al gremio de periodistas o de trabajadores cuando reclamaban la firma de sus contratos colectivos. El Colegio Nacional de Periodistas y el Sindicato Nacional de la Prensa siempre lo consideraron un aliado.

VH lo describe como una persona de carácter fuerte, pero no impositivo o mandamás: “Era fuerte, pero con una inteligencia muy especial. No era autoritario. Era disciplinado y aconsejaba a sus amigos, a los reporteros, sobre cómo hacer el trabajo y hasta pedía ideas. Fue un ser humano excepcional; siempre estaba dispuesto a ayudar”. “En una oportunidad, tuve un accidente cerca de Palo Negro, y él ubicó a su hermano y le pidió que me acompañara. Estando en shock, su hermano se presentó. Me preguntó si era VH y me dijo que Argenis le pidió que se pusiera a la orden”, relató.

Los periodistas que pasaron por diversas épocas por **El Nacional** dan fe de lo buena gente que era Argenis y el por qué nunca lo olvidarán. “Era muy colaborador, servicial y muy solidario”, recuerda la periodista Yanitza Peñaranda.

La reportera de Política, Ascensión Reyes, indicó que su don de gente buena quedó demostrada con hechos: “Allá en El Silencio, le daba real a los recogelatas para que en la noche cuando salíamos tarde no se metieran con las mujeres. La campaña a favor de Roland Carreño, que hicimos unos meses atrás, fue motorizada por él. Estaba muy preocupado por Roland”.

Carreño es un preso político del chavismo; acusado sin pruebas de desestabilización y objeto de torturas psicológicas en la cárcel de la policía política en Venezuela.

El genio de la mancheta

Las experticias de Martínez estaban en la elaboración de las manchetas y editoriales de **El Nacional**, caracterizados por ilustrar cuáles eran los errores que se estaban cometiendo en Venezuela y cuál era la salida para lograr el bienestar.

Cenovía Casas, ex jefe de la redacción, tuvo la dicha de compartir en lo profesional largas y productivas jornadas; y, en lo personal, contar con su amistad y buena vibra:

“Siento mucha tristeza. Con Argenis se fue, no solo un gran profesional y colega, sino también una parte importante de **El Nacional** que vive y siempre vivirá en cada uno de nosotros”.

Casas destaca el aporte de Martínez al periodismo de opinión de Venezuela al escribir con precisión los editoriales y las manchetas. “Nadie como él hizo periodismo de opinión con certeza, rapidez e inteligencia. Incluso cuando viajaba por las vacaciones bastaba leerle los títulos de apertura, de primera y resumía aquellos hechos en tres o cuatro palabras. Se fue una cátedra de periodismo de opinión. Sus editoriales y manchetas (nadie como él para escribirlas) están allí para leerlos y pasar revista con ellos a la historia contemporánea de nuestro país, al menos de los últimos 25 años. Quienes vivimos con Argenis el cierre del periódico, y fuimos testigos de cómo escribía en la hoja impresa de portada su mancheta diaria, jamás podrá olvidarlo como periodista. Descansa en Paz Martínez. Llena la eternidad de tu humor, sarcasmo inteligente e intelectualidad”.

(Continúa en la página 5)

“
Desde una silla de redactor, jefe de sección, jefe de redacción hasta en la vicepresidencia editorial de la empresa, por 4 décadas, por lo que en 2018 recibió el Premio Henrique Otero Vizcarrondo”

MEMORIA >> ARGENIS MARTÍNEZ (1943-2022)

Hay que tener paciencia

“Y comenzaba Martínez, como lo llamaban en la redacción, a contar esas miles de historias que tenía de sus días como reportero y jefe de las páginas culturales de **El Nacional**. Lo que más disfrutaba era escuchar sobre esa relación que cultivó con María Teresa Castillo y con su admirado Miguel Otero Silva. Las contaba como si las volviera a vivir en ese instante”



ARGENIS MARTÍNEZ / ©VASCO SZINETAR

HILDA LUGO

La primera vez que entré a su oficina fue en julio de 1996.

Argenis Martínez era el jefe de redacción de **El Nacional**. Yo, una pasante veinteañera con apenas unas semanas en aquel histórico edificio de Puente Nuevo a Puerto Escondido.

A **El Nacional** llegué gracias a Reynaldo Trombetta, compañero en la Escuela de Comunicación Social de la UCAB. Éramos pasantes en la sección de Espectáculos. De vez en cuando, “el señor Argenis”, como le llamé por un tiempo, se asomaba por la oficina del piso tres, donde estábamos. Conversaba con Reynaldo sobre literatura, cine, música, artes plásticas, política, viajes... Yo escuchaba. Aprendía. Y disfrutaba, sobre todo, del sarcasmo de aquel señor elegantemente trajeado. Unas pocas veces intervenía.

Aquella tarde de julio en su oficina, mientras le llevaba una página que necesitaba su firma para irse a la rotativa, me dijo: “Eres bailarina, me comentó Reynaldo”. “Sí”, le contesté tímidamente.

Una “conversación” que fue el comienzo de una honesta y bonita relación en la que “Arge”, como luego le llamé, se convirtió en jefe, gran maestro, confidente; en esa persona que cuando ibas a explotar a su oficina por desacuerdos con jefes, gerentes editoriales, gerentes generales, hasta con Miguel Henríquez Otero, te ofrecía un caramelo y te decía: “Paciencia. Hay que tener mucha paciencia”.

Pasábamos, entonces, al tema que nos apasionaba: el arte, la cultura. Y comenzaba Martínez, como lo llamaban en la redacción, a contar esas miles de historias que tenía de sus días como reportero y jefe de las páginas culturales de **El Nacional**. Lo que más disfrutaba era escuchar so-

bre esa relación que cultivó con María Teresa Castillo y con su admirado Miguel Otero Silva. Las contaba como si las volviera a vivir en ese instante.

Salía yo de aquella oficina del vicepresidente editorial de **El Nacional**, ahora en el piso 1 del edificio de Los Cortijos, poniéndole imágenes a aquellas historias y, por otro lado, volteando a ver a Argenis, que siempre con sus manos en el bolsillo me volvía a repetir: “Recuerda, paciencia. No es fácil”.

Fue lo último que me escribió en febrero de este año para hablar de cómo estaba viviendo ese cáncer que apareció de repente cuando, después de unos años muy duros en lo personal y en lo profesional en Venezuela, quería descansar y disfrutar de esa París que tan bien conocía, que tanto extrañaba.

“No está fácil, negrita. Hay que tener paciencia”. ☺

El alma de El Nacional

(Viene de la página 4)

VH señala que las manchetras de Martínez –que eran espacios editoriales que, con humor, sarcasmo o dura verdad– le explicaban al país lo que pasaba. “Tenía una capacidad de interpretar las noticias y resumirlas en una o dos palabras”, resaltó.

David González Travieso se imagina todas las historias que cada quien atesora sobre el aragüeño, al extremo que se podía escribir un libro que pu-

diera dar luces sobre la Venezuela de las décadas pasadas. Incluso, contó un hecho que evidencia cómo actuaba Martínez: “El día que anunciaron la muerte de Hugo Chávez hubo una crisis con los carros del periódico y se generó un cuello de botella para salir a hacer recorridos en la ciudad. Argenis puso su carro a la orden. Quería salir a ver qué pasaba en las calles. Me convenció. Era un reportero nato. Quería salir. Esa noche fui a reportear haciendo equipo con él, que iba

manejando. Fuimos al centro de Caracas, caminamos por aquí y por allá, fuimos a la Casa Bolívar, a la plaza Bolívar y hasta pasamos a recoger a reporteros que se habían quedado varados para llevarlos a sus casas. Una experiencia que me habló de su vocación y humanidad”.

Los brindis de La Vieja

Martínez era parte de esa Venezuela que se formó entre los últimos años de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y la democracia, construida a partir de 1958.

Como aragüeño iba a Los Tigres en el béisbol criollo, aunque tenía una pasión por conocer los “averages” de

los deportistas a los que admiraba.

“Mi maestro. Mi amigo”, lo detalló Matute, quien pudo darse cuenta de que era un gran compañero, un periodista de calidad. “Tenía una chispa muy especial. Un humor muy fino y, quizás se deba a su cercanía con Miguel Otero Silva”, dijo.

Miriam Cañas destacó cómo Argenis dedicó su vida a **El Nacional**: “Llenaba la redacción de risas y sabiduría”.

Edgar López confesó contarse entre los admiradores de Argenis: “Un tipazo y un gran maestro”.

La periodista de economía, Katuska Hernández, recordó los bailes en la zona de diseño del antiguo edificio de **El Nacional**: “Mucha alegría y algaría

bía que compartimos con Argenis. Maestro y compañero. Sin duda nos deja un gran legado y muchos recuerdos. Su pluma crítica y suspicaz. Su tenacidad al escribir. Igualmente cómplice de los periodistas en el buen sentido con consejos, recomendaciones para poder abordar temas. Sus anécdotas. Muchos recuerdos. Una gran pérdida. Pero sigue vivo para nosotros”.

Y es que la sabiduría tiene sus cualidades, como la paciencia, enseñanza, honor y humor, lo que queda impreso en cada ser que tocó el aragüeño por su paso por estas tierras.

Martínez, soldado, socio y maestro, gracias por tanto. ☺

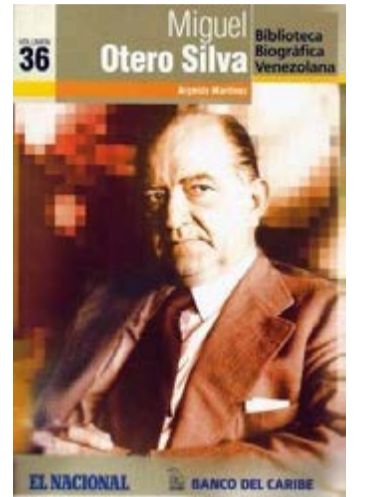
Miguel Otero Silva, por Argenis Martínez

A propósito de la biografía de Miguel Otero Silva escrita por Argenis Martínez

ALBERTO HERNÁNDEZ

1 Los relámpagos de la memoria me devuelven a aquella escena en que Miguel Otero Silva y Jorge Dáger tomaban unas cervezas para disipar el calor en La Encrucijada de El Sombrero. Esos *flashes* se repiten constantemente como un sueño y me convocan a decir lo que vi o creí ver cuando mi padre se acercó a saludarlos y, ellos dos, amables y sonrientes, le extendieron las manos y le ofrecieron algo de beber. Un refresco para el niño y una cerveza para el catire. Mi padre rechazó la oferta y aceptó un café.

Esos relámpagos han traído estos truenos, porque se han convertido en palabras zumbantes en mis recuerdos, en palabras cuando papá hablaba de *Casas muertas*, *Oficina N° 1*. O se emocionaba cuando nombrada a Gallegos a través de *Doña Bárbara* o *Cantaclaro*. Igual cuando decía de *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar Pietri. Con tanta vehemencia que aún lo escucho bajo el cielo extenso del llano, sobre todo cuando pasábamos por Ortiz: “Aquí nació *Casas muertas* y de aquí partió esa historia para Oriente, para que naciera la novela petrolera *Oficina N° 1*”.



2 Ahora, nuevamente, tengo a MOS muy cerca, cara a cara, de mano del periodista y escritor Argenis Martínez, quien ha escrito la vida del también periodista, novelista, poeta, humorista y político para la Biblioteca Biográfica Venezolana del diario **El Nacional** (Editorial Arte, Caracas, 2006).

Se trata de un libro en el que MOS viaja por estas páginas desde el lunes 26 de octubre de 1908, en la Barcelona venezolana, en el estado Anzoátegui, donde nació, hasta su muerte en Caracas el 28 de agosto de 1985. Desde ese mismo instante Argenis Martínez inicia su estudio sobre la existencia de este hombre que ha dejado una marca imborrable en el mundo cultural nacional, un legado que continúa siendo parte de la memoria, de las referencias de quienes tienen en la literatura, el periodismo, la poesía, el humorismo y la conciencia de país puestas en el rostro y espíritu de Miguel Otero Silva.

3 Por este libro pasa parte de la historia contemporánea de Venezuela, porque MOS fue uno de sus protagonistas al enfrentarse a dictaduras como las de Gómez y Pérez Jiménez y denunciar los atropellos de quienes en democracia se creyeron superiores al resto de los venezolanos. Toda una existencia dedicada a escribir, a vivir plenamente las letras y la existencia de la gente que siempre quiso elevar los valores humanos del país.

Por este libro pasan muchos personajes, muchos lugares, muchas aventuras que Argenis Martínez supo investigar para armar un volumen donde el lector se regocijará de saber que muchos fueron los legados de este hombre cuyo nombre seguirá sonando en el espíritu de Venezuela.

Por este libro pasamos todos porque los libros de MOS se siguen leyendo. Porque la presencia del diario **El Nacional**, perseguida, acosada y confiscada por la actual dictadura, no dejará de ser una propiedad de todos los venezolanos.

4 El índice del libro nos entrega los siguientes capítulos: “Del mar y del río”, “Pasos previos”, “La universidad y la política”, “Los caminos externos”, “Fracaso y exilio”, “De París a Trinidad”, “Días de regreso y lucha”, “Entre el despertar y la clausura”, “De la tierra y la poesía”, “Días de mar”, “Periodista en Nueva York”, “México, La Habana y Bogotá”, “El columnista de *El Universal*”, “De Bogotá a Caracas”, “La fundación de **El Nacional**”, “De un golpe al otro”, “Se hace camino al andar”, “El hombre solitario”, “Semana Santa en Macuto” (tomado de *Sinfonías tontas*, 1942).

Contiene igualmente el libro la cronología de Miguel Otero Silva y la bibliografía esencial.

El índice mismo sigue el curso de la vida y aventuras de Miguel Otero Silva en procura de lograr el triunfo de la democracia. El alcance de esta como bandera de libertad y progreso.

Su existencia estuvo dedicada a ilustrar desde las páginas de sus libros y desde el periódico que fundó con su padre y Antonio Arráiz.

Un libro necesario en estos días de tragedia nacional. Un libro que nos busca como ciudadanos nacidos para continuar la lucha en procura de la reconstrucción de un país humillado por tantas tropelías de algunos de sus hijos y de los tantos delincuentes extranjeros que han sido marcados por la justicia internacional. Un libro escuela donde la Venezuela del pasado y la del presente se une para decirnos que es preciso seguir el ejemplo de sus mejores hombres. ☺

ENSAYO >> ARQUEOLOGÍA SONÁMBULA

Periodista, ensayista y crítico literario, Juan Cristóbal Castro (1971) ha publicado *Alfabeto del caos: crítica y ficción en Paul Valéry y Jorge Luis Borges* (2009), *Idiomas espectrales: lenguas imaginarias en la literatura latinoamericana* (2016) y *El sacrificio de la página: José Antonio Ramos Sucre y el arkhé republicano* (2020). Su más reciente libro es *Arqueología sonámbula* (Editorial Anfibia, Colombia, 2020)



JUAN CRISTÓBAL CASTRO / ©JOEL GUZMÁN

Juan Cristóbal Castro y las ruinas sonámbulas de Caracas

CAMILA PULGAR MACHADO

—But you had fun, didn't you?

Cuando leía el libro de Juan Cristóbal Castro *Arqueología sonámbula* (Editorial Anfibia 2020) y llegué a esta frase, supe que era crucial. Este es un relato donde el autor goza. Y quiero indicarlo como punto de partida de mi lectura. Pues el otro lado, me refiero a la desdicha —a la tragedia de la historia reciente venezolana—, podría opacar con su letanía adolorida este evento principal de la experiencia que fue el placer de escribir esta obra.

Pero, además, la pregunta, que en español sería “pero se divirtió, ¿cierto?”, se la hace un viejo jardinero de un estadio de rugby a Luis Castro Leiva. El padre de Juan Cristóbal Castro tenía entonces 37 años y estaba al mando de una aventura única, cuando logró con un equipo de rugby, que armó y lideró en la Universidad Simón Bolívar, viajar a Inglaterra y participar en un campeonato de ligas universitarias. Estas páginas sobre la zaga deportiva de Castro Leiva son espléndidas; como de seguro lo fue la experiencia, a pesar de los continuos fracasos en el campo deportivo. Y, sobre todo, son la contrapartida de las páginas iniciales del libro del hijo pródigo, que nos dan noticia del fallecimiento del historiador y filósofo: “su papá murió el 8 de abril de 1999, poco después de las elecciones en las que el líder revolucionario obtuvo una amplia mayoría” (toda palabra entre comillas pertenece al libro). Este es el inicio de la segunda viñeta, casi que podemos llamarla así, de este libro híbrido y estético que mezcla una ficción de desdoblamiento, argumento prácticamente detectivesco, con un prolongado ensayo que discierne sobre más de un asunto del universo intelectual y vivencial de este escritor caraqueño nacido en 1971 y sufriente del deslave monumental de Venezuela.

Diría que las “genealogías” de Juan Cristóbal Castro y, las de su doble, el arqueólogo sonámbulo quien cavila sangrando sobre las ruinas de Caracas y sus terribles y hechizantes “sobrenaturalidades”, son el motivo del drama (neo) barroco existencial que se narra en este “cuaderno de notas”.

Así, lo genealógico, esos principios de proveniencia que el “ruinólogo” persigue, llevan básicamente a un poema de Elizabeth Bishop que forma parte de los materiales consignados en los apéndices y titulado “Un arte”; y donde leemos: “Por supuesto, no es difícil dominar *el arte de perder*, por más que a veces pueda parecernos (¡escribelo!) un desastre”. No es fácil tampoco y a esa dificultad que Castro, de alguna manera, resuelve en este libro, quiero llegar. Este arte en

traña una duplicidad lacerante. Juan Cristóbal se fue del país, pero el hecho de narrar su sombra, de revivirla en múltiples escenas, es un zurcido pasional de un *pathos* bien tensado, muchas veces sensual y profundamente ético, directo al grano, que colma y gratifica al lector. Es un libro que se lee con gusto y hasta el final. Lo que no es fácil, repito, pues hubiera podido naufragar en los traslados que componen su extrañeza.

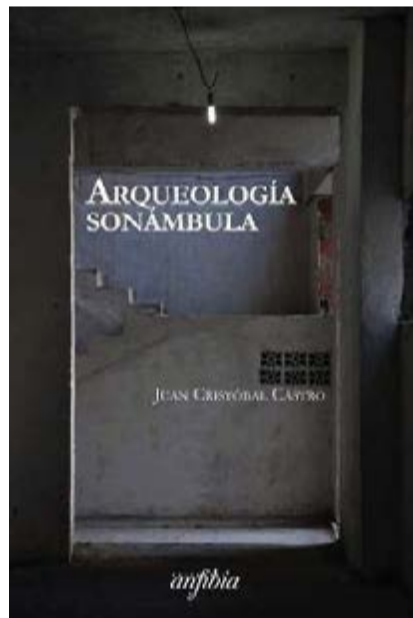
Hay un suspenso narrativo y un sujeto narrado quien busca algo que se le ha perdido a su llegada a Caracas luego de un cierto exilio en Bogotá. El protagonista del relato emprende las peripecias para cerrar su vida en Caracas. Y en casa de unos parientes en Los Chorros ve “montada como en descanso, sobre una de las sillas de metal, una pequeña y algo curtida maleta de piel marrón... En el momento no le prestó mayor atención, concentrado en conocer el estado del *archivo familiar*, pero en el instante que lo recordó la terminó asociando con otra valija similar *que nunca pudo revisar*. Quizás en ella estaban papeles y pertenencias importantes que le permitirían entender el pasado de varios de los protagonistas de su ‘genealogía’, palabra que le suena muy aristocrática y por eso la pronuncia con dificultad”.

Entramos de lleno en el examen de la otra maleta, no la que puede llevarse de vuelta a Bogotá, sino la maleta que acumula “los resabios de una historia olvidada que no nos pertenece del todo y que por ello nos reclama descifrarla, entenderla, asomarla, así sea con los dudosos instrumentos de la imaginación”.

Particularmente esta valija descalabrada de la familia Castro, esconde ciertos misterios de Carlos Delgado Chalbaud. Entonces abordamos una cotidianidad y más de una intriga alrededor de este personaje. “C.D.C” (así aparece mencionado) fue primo hermano del abuelo de Castro, quien tuvo un lugar estelar en la operación del Falke y una vida heroica aunque de final modesto: “Su abuelo, dolido como nunca, acepta sin chistar el cargo de agregado militar en Chile que le ofrece Pérez Jiménez. Tiene familia, está viejo... En ese tranquilo destierro se da a conocer, ya no como el vigoroso guerrero que participó en el Falke, en la revolución mexicana, en los combates de la Legión Francesa, sino como un simple diplomático de formas corteses”.

La crónica testimonial que Castro teje de Carlos Delgado Chalbaud, alrededor de su valor quijotesco y del sufrimiento de su familia, por ejemplo, una hija llamada Lucky con una pésima suerte, es la forma en que en

este libro se hace la historia. Es decir, *Arqueología...* es una novela abierta al ensayo de escribir sobre la historia del país a partir de algunos “archivos criollos” que han sufrido el deterioro de la depresión institucional y ahora yacen perdidos en casas



El ruinólogo Ponte

JUAN CRISTÓBAL CASTRO

Sin duda Antonio José Ponte es quien más provecho le ha sacado a esta imagen de la ruina en la Cuba postsoviética, a juzgar por lo que informa Francisco Morán quien la encuentra en su escritura como una especie de “núcleo coagulador”. Recuerda que, revisando el tema, dio con un documental en el que su director, el alemán Florian Borchmeyer, amigo de Ponte, se sirvió del título de un cuento de este, “El nuevo arte de hacer ruinas”. Allí el escritor confesó que su fascinación por esos artefactos en descomposición, por estas imágenes del desgaste, tiene que ver en el fondo con un placer perverso, singular, que asalta al ser humano casi de forma masoquista, que es el goce que provoca lo que está decayendo, algo que ya había encontrado en el clásico ensayo sobre la ruina de Simmel. En el relato que da título a la cinta de ficción el autor se decanta por el vestigio; su protagonista descubre otra ciudad, una escondida y hundida que se llama Tuguna donde “todo se conservaba como en la memoria”, que crece a la sombra de las ruinas de La Habana. Es verdad que para ese tiempo la capital cubana conservaba todavía edificios del siglo XVI, muchos de los cuales habían sido restaurados gracias a un proyecto de la Unesco iniciado en 1982; sin embargo, no toda la urbe había sido

desvencijadas y vaciadas del principio paternal y simbólico que alguna vez las edificó.

Pero si bien el arqueólogo del fracaso, protagonista de esta aventura, se desenvuelve en un relato cuyo suspenso capital es seguirle la pista a “Juan Cristóbal”, quien se ha convertido en un espejismo intranquilo de Caracas, en estos cuadernos hay otro territorio que es el de la exploración de un marco teórico sobre el asunto de las ruinas y la memoria de la nación. Así esta disertación sobre el Estado mágico, Cabrujas, Freud, Lezama Lima, etc., se fuga del formato academizante hacia una suerte de soliloquio ficcionalizado que va soltando amarras para navegar en una prosa brillante que Castro concentra muy bien en su lectura de Walter Benjamin.

Por una parte, el autor a través de las cavilaciones del “ruinólogo” erige un imaginario alegórico de un (neo) barroco, de un existencialismo en torno al sentimiento del horror vacuú en tiempos de perdición. Lo que

se despliega artísticamente en el libro con sus viñetas (los apartados de cada una de las 16 partes del volumen) y que llamo así pues muchas comprenden la referencia a una imagen, a una foto de estos despeñaderos, ironías que proliferan en las demoliciones (son 23 imágenes). Y por la otra, surge con fuerza una reflexión sobre Benjamin y su proyecto de las iluminaciones profanas con la intención de amasar la historia para mezclarla con una lucidez fragmentaria o fractal que despierte de la alienación y el trauma de la Historia.

Castro cava pasajes en medio de la contingencia del arqueólogo y produce un repertorio que se mueve a brinco, como rustiqueando, en el intrincado ritornelo geológico del valle de Caracas. Va de la situación política que llega hasta años de protestas y tortura: “Presos por protestar siguen sometidos a tratos crueles” dice un recorte de prensa (imagen 7). Continúa con “un breve itinerario de los lugares que se han destruido”. Hace una disertación lúcida sobre *Miranda en La Carraca* y “el fatídico destino del archivo criollo” que entiendo como una constante en la historia nacional. Y se detiene a fondo en el sentido de las ruinas al excavar en dos paradigmas: 1) el deslave de La Guaira (lee a Paula Vázquez: *Poder y catástrofe: Venezuela bajo la tragedia*), 2) la Torre Confinanzas (de David o de Babel de donde extrae la portada del libro gracias a la colaboración de Ángela Bonadies y Juan José Olavarría).

El libro es profuso y se advierte además una persistente invención de voces y episodios iridiscentes de una luz insomne que añade a los relieves de la anécdota un manto mágico, casi cerca de lo fantástico. Como el filósofo médico cubano que discursa (“soliloquio inverosímil”) con ideas de Castro sobre el país y su “singular vocación antintelectual”. Este filósofo del “vaya, vaya” ha viajado por zonas como Apure y se encuentra con el ruinólogo, gracias al azar objetivo, en un club privado de La Guaira, poco antes de que se cierre el libro.

Nuestro protagonista llega al paroxismo de preguntarse: “¿quién habrá escrito estas páginas?”, un grito que suelta en el valle de vicisitudes, donde el insomnio se ha esparcido, y él se siente en el vértigo de una identidad limítrofe a los despeñaderos de “desechos”. “Vestigios” que valen la pena traer a escena. Y aún más en una apuesta como esta, envuelta en un materialismo, en un mundo de referencias, en un cultismo, diría, y en un peculiar sentido del humor cuya penetrante claridad ética conmueve al lector. ☉

*Antonio José Ponte (1964) es narrador, ensayista y poeta cubano. Desde 2007 reside en España.

*Fragmento de *Arqueología sonámbula*. Editorial Anfibia, Colombia 2020.

CONVERSACIONES >> PAOLA BAUTISTA DE ALEMÁN Y JULIO ANDRÉS BORGES

La patria que viene

Recapitulación y análisis de la vida política venezolana, desde el 2015 a este 2022, Paola Bautista de Alemán, periodista, académica, política y autora de varios libros, conversa con Julio Andrés Borges, abogado, exparlamentario, fundador del partido Primero Justicia, quien vive en Colombia desde febrero de 2018, en condición de refugiado

GUILLERMO TELL AVELEDO

La vida de un grande hombre político cambia de aspecto en el momento en que empieza a actuar como hombre público. En el cauce de la publicidad, de dilatadas riberas, parece aquel torrente vital ganar sus propias dimensiones y con ello un curso de ritmo magnífico, fértil y majestuoso. Entonces el contemporáneo o el lector de la biografía comienza a aplaudir; le entusiasma la audacia, la infatigabilidad, eficiencia de todos sus actos y gestos, la entereza inmutable con que aguanta el insulto y resiste el ataque, la presencia de espíritu con que gobierna su persona medio de la tempestad política. Pero este entusiasmo tardío es un poco vil: se alaba el fruto después de haber denigrado la semilla.

José Ortega y Gasset,
"Mirabeau, o el político"
(1927, *Revista de Occidente*).



PAOLA BAUTISTA DE ALEMÁN / CORTESÍA



JULIO ANDRÉS BORGES / ARCHIVO

Escribo estas líneas no como académico, ni como politólogo, sino como ciudadano. Aquellos son roles importantes para cualquier sociedad abierta, distintos en su naturaleza con el rol del líder político. Se distancian en nuestro imaginario mutuo, que muchas veces es de incomprensión y desconfianza. A quienes estudiamos la política se nos exige, no sin justicia, que asumamos una posición más directa, menos aséptica, ante momentos angustiosos. No sin escepticismo, quiero decir que temo al académico militante, con aspiración de filósofo rey. Por eso, permítame el lector abandonar pretensiones de tarima aleccionadora, y bajar hasta el ágora pública con los otros ciudadanos. Invitado a esta tarea, me encuentro ante un testimonio que reta muchas de nuestras expectativas y prejuicios, por lo que solo desde la ciudadanía puedo permitirme comentarlo. Como parte de la misma comunidad política de la cual este libro muestra en su denuncia, pero también de la comunidad política que aspiramos, prospectivamente, y cuya realización nos ha sido esquiva.

Tenemos en nuestras manos un testimonio significativo de uno de los políticos protagonistas del movimiento político democrático venezolano de las últimas dos décadas: Julio Andrés Borges, fundador y –hasta este año– coordinador nacional del partido de centro humanista Primero Justicia. En diálogo con la también política y académica Paola Bautista de Alemán, presenta a la opinión pública sus reflexiones sobre la historia reciente. Sin dejarse traicionar por el desánimo y el pesimismo, actitud impropia para alguien que ha asumido esta faceta del ejercicio ciudadano, nos presenta con crudeza lo que puede ser una crítica –y autocrítica– de los últimos años: desde la victoria unitaria en las elecciones parlamentarias de 2015 al auge y crisis del gobierno parlamentario, pasando por la dura represión de la protesta ciudadana en el año 2017. Expone con eso no solo creencias y convicciones sobre lo ocurrido, sino también una crónica de este tiempo con una prospectiva sobre su dirección actual.

Existe una tradición de la entrevista política que tiene un linaje entre nosotros. Clásicos de la época de la democracia civil, como los libros de Alicia Freilich, Ramón Hernández y Alfredo Peña; cabalgando entre la vieja república y la revolución bolivariana, los testimonios sobre la violencia de Agustín Blanco Muñoz, o los trabajos de Roberto Giusti y César Mi-

guel Rondón. El chavismo hizo desde el poder, también, uso de este formato, especialmente con su líder máximo, en trabajos de Eleazar Díaz Rangel, José Vicente Rangel y Vladimir Villegas. Esos textos corren siempre el riesgo de quedar congelados en su contexto, como artefactos de la polémica inmediata que solo citarán décadas más tarde científicos sociales e historiadores.

No podemos asegurar que el presente libro no tenga esa suerte, pero creemos que la importancia de sus planteamientos, y de su propio emisor, puede evitarlo. En primer lugar, porque dentro de un sistema autoritario, las entrevistas a profundidad son cada vez más escasas, y las contadas excepciones que aún persisten tienen, además, la dificultad de aparecer en medio de un clima general de desconfianza, y con las carencias y amenazas de los medios de comunicación independientes: si se supera la censura, se apela a ese hablar entre líneas, con indirectas y alusiones. En segundo lugar, porque es un ejercicio inusual: pese a su constante presencia en un sistema de medios cada vez más reducido, con su propia actividad como comunicador y radiodifusor e innumerables micros de denuncia, no siempre contamos con la oportunidad de una exposición más prolongada como la que se nos ofrece. Sus libros anteriores, que versan sobre los orígenes y perspectiva del partido que fundó, Primero Justicia, y sobre los resultados concretos de los gobiernos de Hugo Chávez, intuyen muchas de sus preocupaciones. La larga entrevista que dio al arriba mencionado Roberto Giusti, en el contexto de su precandidatura presidencial en el año 2006, incluye el testimonio sobre un partido entonces en su infancia, y la difícil dinámica política en los primeros años de la revolución bolivariana, cuya dureza se ha olvidado gracias a la terrible intensidad de tiempos que aún permanecen vívidos en la memoria.

Entrando a la tercera década de esa revolución, los efectos de un extravío de la política –como nos repetía siempre Andrés Stambouli– se hacen evidentes cuando hacemos un repaso de la circunstancia de nuestra comunidad política. ¿A qué nos referimos? Una comunidad política –la antigua *Res publica*, cuerpo dentro del cual podemos llamarnos ciudadanos–, comprende a un conjunto de personas que asumen un sistema de normas y valores colectivamente vinculantes, independientemente de la territoria-

lidad de esas normas, pero sí atados a una cultura política común y unas mínimas aspiraciones colectivas compartidas. Esto suele coexistir con la formalidad de un Estado, pero este no es el caso de Venezuela. No solo por la fragilidad de nuestro Estado –más fuerte en sus exigencias que en sus responsabilidades–, sino porque una de las consecuencias del intento revolucionario de rehacer la comunidad política venezolana dentro de un modelo no pluralista ha sido su fragmentación.

No podemos decir que tenemos una comunidad política robusta, cuando desde el poder se considera a una pluralidad de venezolanos como enemigos cuyos derechos son limitados o conculcados, y cuya entidad política no es reconocida. No tenemos una comunidad política cuando una emergencia humanitaria compleja ha llevado a millones de connacionales a la ruta precaria de la emigración azarosa, o condenado a miles al exilio político y a la inhabilitación. No tenemos comunidad política cuando entre los venezolanos que se encuentran en el país y los venezolanos que viven en la creciente diáspora se ensancha una distancia de aspiraciones, experiencias e incomprensión. No tenemos comunidad política, en suma, cuando la ciudadanía vive una existencia limitada, encerrada en el descreimiento hacia lo público, entusiasmada apenas por destellos precarios de mejora privada, o aferrada a la melancolía de un futuro no realizado.

En este escenario, la promesa de cambio democrático parece estar condenada ante distintas circunstancias en su contra. Esa promesa, cuya cúspide fue la victoria electoral de las parlamentarias de 2015, en la ruta electoral, aparecía con un propósito claro. Julio Borges, al asumir dentro de los acuerdos políticos de la hora la Jefatura de Fracción de la Mesa Unidad Democrática, expresó este cometido de esta manera: "El pueblo nos trajo (...) Es el inicio de un proceso de darle instituciones al país, pues este poder legislativo tiene frente a sí el desafío y el compromiso de darle leyes y darle vida a nuestro pacto fundamental (...) Que sirva nuestra Constitución para legislar en favor de resolver la crisis que tiene nuestro país, que hoy sufre los embates de la crisis más severa de las que tengamos memoria". La agenda legislativa desde el programa democrático tenía como puntos inmediatos la amnistía y reconciliación, la redefinición de las relaciones de pro-

piedad ante el Estado monopolizador, la mejora de la condición económica de los venezolanos más vulnerables, y el estímulo a la producción nacional.

La historia fue otra, y la reacción desde el poder ha destruido muchas de las viejas certezas que animaron la orientación estratégica dominante desde el campo democrático en la década precedente. El desconocimiento de las consecuencias de la expresión libre de la pluralidad de electores, y su contracara en la represión ante la protesta ciudadana que de aquel desconocimiento se derivaron, fueron las herramientas para descolocar al movimiento opositor. Avivó, no sin razones, viejos escepticismos hacia las posibilidades de un cambio pacífico, democrático y constitucional, que impulsaron a su vez una dinámica estratégica que, al anclar sus expectativas de legitimidad fuera la realidad de una asimetría de poder efectivo desestimada, propulsó un círculo vicioso varias veces repetido de acción política insuficiente y posiciones de diálogo impotentes. Luego de millones de emigrados, miles de heridos, centenares de torturados y exiliados, desaparecidos y fallecidos. A estas muy reales y profundas heridas de los ciclos de protesta y represión, se sumó eventualmente la cooptación y la desesperanza sobre algunos de los sectores que conformaban la otra compleja coalición social por la democracia.

Justamente, este clima enrarecido es el que caracteriza lo que he llamado la "*Pax Bodegónica*". Ante las divisiones del bloque histórico en favor de un restablecimiento democrático, se presenta un escenario de estabilidad relativa –por cuanto corresponde solo al contraste frente al sacudimiento y al colapso económico social de años anteriores– y paz negativa –por cuanto está anclada sobre prácticas represivas que limitan la demanda social de sus diversos derechos. Y esta circunstancia ha impuesto la reconfiguración de una oligarquía que logró una sustitución revolucionaria de las élites pasadas, pero que continúa prácticas patrimonialistas y extractivistas para sí y sus asociados, mientras renuncia a tareas económicas y sociales del Estado a través de una reducción de hecho del aparato administrativo, con acciones de desregulación azarosa e informal. Parece en la práctica un retorno de aquellas funciones benéficas de la dinámica de mercado, pero sin la seguridad jurídica y confianza económica que la sacarían de sus precarios límites materiales. Entretanto, y en

contraste con el mensaje de Borges en enero de 2016, no tenemos producción nacional, sino el comercio desordenado de importaciones inalcanzables para la mayoría. No tenemos protección a los más vulnerables, especialmente entre niños, adolescentes y ancianos, claramente desplazados en continuidad de la emergencia humanitaria. No existe, bajo el espejismo del "arreglo" nacional, una actualización tan siquiera modesta de la promesa constitucional de un Estado social de derecho y de justicia. Acaso, a lo más, exista una relativa independencia económica de la ciudadanía frente al Estado, pero más por abandono táctico que por convicción.

La causa de este estado de cosas descansa fundamentalmente en la acción oficial. Ha sido consecuencia de una serie de decisiones y reacciones desde el poder, en atención a un proyecto político, pero también a la pragmática protección de los distintos grupos que se benefician de su existencia: no solo la dirigencia del Partido Socialista, sino también sectores de la Fuerza Armada, los poderes Judicial y Ciudadano, dirigentes políticos cooptados y sectores económicos emergentes. Desde la opacidad de ese poder tratamos de adivinar destellos de visiones alternativas entre ortodoxos y renovadores. Nos encontramos ante la tímida expectativa en la aparición de un liderazgo que asuma explícitamente el agotamiento del modelo político y excluyente que ha dominado estas décadas, convocando en apertura a las mejores voluntades del país para su reconstrucción. Ese clamor, que expresan con expectativa muchas voces preclaras dentro de nuestra limitada esfera pública, aún no se ha materializado. La asimetría del poder oficial frente al social sigue vigente.

Difícilmente podrían equipararse las responsabilidades de quienes detentan el poder de aquellas que ofrecen una alternativa, que desean convertirse, a su vez, en una élite gobernante. No existe hoy un acuerdo claro sobre las oportunidades perdidas y los errores cometidos. Este libro busca hacer un balance, inevitablemente polémico, del tiempo reciente. El tono es severo con la élite alternativa, y da cuenta de los diversos dilemas de las fuerzas democráticas venezolanas. Si bien la orientación estratégica parece tener un consenso mínimo –aspiramos a una sociedad abierta dentro de un marco económico incluyente y una política pluralista–, las diferencias tácticas y su errática ejecución han sido aprovechadas desde el poder. Cada ruta, ya electoral, ya insurreccional, con sus costos y oportunidades, ha sido en ocasiones asumida de manera ambivalente y fragmentada. Para algunos la ruta electoral era concesión a los moderados, solo necesaria para legitimar acciones posteriores. Para otros la radicalización de la protesta era un medio basado en premisas erradas, cuya ejecución era tolerada simplemente para evitar un embarazoso deslinde dentro de la gran coalición opositora. Es decir: hemos asumido algunos de los terribles costes de la ejecución de diversas tácticas políticas, sin haber podido sostener algunos de sus logros.

Se ha escrito con acuciosidad sobre los problemas de coordinación estratégica de las oposiciones democráticas en un contexto autoritario. Académicos e intelectuales han tratado sobre los dilemas de las élites en contextos nacionales y comparados. Cabe sin embargo preguntarse si es posible lograr una coordinación estratégica, lo que comúnmente llamamos unidad, si las distintas fuerzas que aspiran a un cambio nacional tienen visiones tan disímiles de la ruta a seguir. Incluso, cabe preguntarse si esa unidad no se ha convertido en el límite concreto de realización de cada visión: existen incentivos para que actores políticos asuman para sí las ventajas de una unidad nominal, mientras retan los consensos coyunturales que parecían apuntalarla, exacerbando los efectos del ventajismo y la represión oficial.

(Continúa en la página 8)

ENTREVISTA >> CELIA HERRERA

“Los elefantes blancos nos recuerdan lo que no fue”

Celia Herrera Torres es ingeniera civil (UCV), especializada en el diseño de carreteras. Profesora universitaria (UCV, Metropolitana), consultora y conferenciante, experta en temas como vialidad, transporte, urbanismo y materias asociadas. Una serie de foros organizados por la Academia Nacional de Ingeniería y Hábitat –junio de 2022– sobre la significativa cuestión de las obras públicas inconclusas y paralizadas estimuló la realización de la entrevista que sigue

NELSON RIVERA

Los foros realizados por la Academia de la Ingeniería y Hábitat sobre las grandes obras públicas inconclusas o paralizadas en nuestro país, muestran un panorama desolador: suman una cantidad desmedida de obras cuyo destino es incierto. ¿Podría ofrecer a nuestros lectores un panorama, aunque sea aproximado de cuántas obras paralizadas o inconclusas hay; de qué tipo; cuánto se invirtió en ellas?

La lista es larga, por lo que en el foro reciente realizado por la ANIH, se hizo un esfuerzo por abordar las de mayor significación, dado que suponen afectaciones a temas sensibles de servicios. En la ocasión el académico Páez Pumar hizo un resumen general, partiendo de los ferrocarriles que fueron la motivación inicial, de 38 obras de interés nacional, en las áreas de educación, salud, electricidad, agua, transporte, industria, petróleo y gas. De acuerdo con las estimaciones, las obras fueron contratadas a un costo de 122.610 MM USD y restan por ejecutar 67.873 MM USD.

¿Esto de iniciar una obra y abandonarla antes de su conclusión tiene un carácter coyuntural o es un signo histórico de la gestión

pública venezolana?

No es nada nuevo ni único de Venezuela. En el caso venezolano hay obras inconclusas a lo largo de la historia. En países cercanos como Colombia se ha trabajado en la implementación de políticas de Estado y legislación para intentar eficiencia y transparencia en el tema.

¿Cuáles son las razones de fondo que explican este panorama? ¿Por qué pasa de manera tan reiterada?

Es un tema muy complejo y abordarlo supone un tratamiento holístico del asunto. El dinero público pareciera no tener dolientes. Algunas razones que explican el fenómeno es la poca transparencia en el manejo del dinero público, ausencia o poca actuación de la contraloría social, falta de continuidad a las obras más allá del gobernante de turno, adopción de proyectos divorciados de las necesidades de la población y las perspectivas de desarrollo de la nación.

¿Esta dilapidación de recursos de toda índole que suponen estas obras paralizadas o inconclusas, tiene dolientes activos? Si, los diferentes usuarios, por ejemplo, los que padecen enfermedades y requieren tratamiento en centros de salud, los comités de usuarios, como los del transporte, algunos comunicadores sociales y medios de comunicación, que hacen se-



CELIA HERRERA TORRES / ARCHIVO

guimiento eventualmente a proyectos de interés. Pero, ¿le importa a la mayoría de la sociedad?

Seguramente les afecta en mayor medida a los sectores más desfavorecidos, pues la mayoría de las obras están asociadas a mejoras en servicios como transporte, salud, educación entre otros. Sin embargo, el día a día y la sobrevivencia les agobia, por lo que pareciera pasar desapercibido. En algunos casos, las personas no están claras de quién es la responsabilidad, por lo que no atinan a quién orientar los reclamos. En otras ocasiones el discurso político desvía la responsabilidad.

¿Hablan de ello los liderazgos de la sociedad? Si lo asumen, lo indican, pero no es fácil ante tanta información disponible en redes y otros medios; se diluyen los esfuerzos. ¿Por qué es una academia y no un gremio o un partido político el que asume la tarea de hablar de esta problemática?

La academia es un cuerpo asesor del Estado, así lo prevén las leyes. No deja de ser su tarea, indicar lo que no está bien y además proponer las formas de atenderlo. El que gremios o partidos políticos asuman la tarea, creo que es complementario. Al final es el interés de todos los ciudadanos en igual medida.

¿Es muy difícil, en lo legal y administrativo, en lo institucional y técnico, concluir una obra en Venezuela?

Es engorroso efectivamente. Debía empezarse por identificar el estado de la obra, efectuar el diagnóstico, estimar costos de consecución y gestionar los recursos. Algunas de estas obras ni siquiera tienen proyecto. Es necesario generar cambios en la institucionalidad, el marco legal y crear las condiciones para hacer seguimiento y control de obras.

Cuando se viaja por Venezuela es frecuente ver casas a medio hacer, galpones abandonados, ins-

talaciones derruidas, letreros de negocios que ya no existen. Este paisaje de promesas incumplidas o de sueños truncados no es nuevo. ¿Acaso lo inconcluso es un rasgo profundo presente en la cultura venezolana?

Está asociado a ciertos periodos en los que el descalabro en la economía ha propiciado el abandono. Lo vivimos con el colapso del Banco Construcción en los noventa, decenas de obras paralizadas, que intentaron luego gestionarse a través de FOGADE, algunas aún inconclusas, otras fueron orientadas a diferentes usos, por poner un ejemplo.

¿Nos conformamos con la promesa y ponemos el cumplimiento en un segundo plano?

Parecieran olvidarse los lapsos, algunas obras fueron ofrecidas para estar listas en 2012; hoy en 2022 aún no se terminan. Queda la esperanza en el imaginario colectivo.

¿Hay una parte de la sociedad que abandona, que no tiene la vocación del largo aliento?

Creo que se trata del desgaste de nadar permanentemente contracorriente. No es sencilla la situación de muchos.

¿Qué hacer con esa cantidad de obras inconclusas o paralizadas? ¿Tienen salvación? ¿Hay que culminarlas, derrumbarlas o dejarlas como recordatorio del fracaso?

Como bien se documentó en el foro de la ANIH, algunas deben recuperarse, otras abandonarse y otro tanto iniciarse. Para ello está la propuesta de creación de las instancias y base legal, que permitan llevar un inventario y evaluar su situación y la pertinencia de darle continuidad o no.

¿Hay paisajes del fracaso? ¿Inciden en el ánimo de los ciudadanos?

Sin duda. Los llamados “elefantes blancos”, nos recuerdan lo que pudo ser y no fue. Lo que pudo ser suponía mejoras en la calidad de vida; la estructura a medio hacer solo recuerda mala gestión e indolencia. La apariencia estética del entorno incide en el estado de ánimo. De eso seguramente los especialistas en salud mental tendrán mucho que decir. ☹

La patria que viene

(Viene de la página 7)

Voces críticas han señalado que los limitados logros de las fuerzas democráticas se deben a un espacio de comodidad atado a esa condición de opositores: habrían alcanzado un *status quo* que permite una supervivencia en la medianía, sin los rigores y desgaste del poder político a escala nacional. Considero que esto responde a una vieja tradición de cinismo desesperanzado entre nosotros, pero que además niega los rigores y riesgos verdaderamente existentes en el ejercicio de la política alternativa en nuestro país. Casi todas las figuras dirigentes de la vieja unidad democrática han sido objeto de la acción autoritaria del Estado, afectando a todas las opciones políticas y ayudando a dispersarlos. Se sufre en paralelo el desgaste de décadas de expectativas frustradas, generación tras generación, junto con el doloroso contraste de la emigración y la miseria.

III El país recibe con descreimiento y desconfianza el ciclo electoral que se asoma en el horizonte. La puja por el consenso o la victoria en unas primarias llena el espacio de un debate político que hoy parece alejado de las mayorías potencialmente críticas, ante el creciente temor de que las fuerzas democráticas enfrentarán electoralmente al poder del Estado de manera dispersa, o con un candidato que no represente una amenaza significativa. El consenso entre dirigentes, sin reglas ni visión estratégica acordada, puede significar una

oportunidad perdida. Lo que refleja estas páginas, empero, es que independientemente de sus orígenes y del servicio de quienes lo han sostenido, la fórmula del gobierno interino no parece hoy ser capaz por sí sola de liderar una reorganización. Creemos que en la entrevista a Borges aparece una asunción autocrítica de la estrategia política que aún no ha sido abandonada, con la franqueza de exigir aquello que, por temor a la división, por las limitaciones de nuestro esquema de medios, y por el contexto autoritario, no se ha podido debatir con la franqueza que la responsabilidad democrática requiere.

Lo más relevante de esta entrevista es que no omite, con una perspectiva severa que no presume ser imparcial, puntos focales de la dinámica política: las secuelas de la elección parlamentaria de 2015; las gestiones unitarias en la Presidencia de la Asamblea Nacional; la agresiva deriva del gobierno de Nicolás Maduro, los diversos intentos de diálogo; la actitud predominante en la Fuerza Armada; las protestas del año 2017; su exilio político; la búsqueda de apoyos internacionales hacia una transición; la detención, tortura y muerte de figuras políticas; las denuncias ante la Corte Penal Internacional; el esquivo consenso electoral del año 2018; los debates en torno al estatuto de transición y el Gobierno interino, hasta su conformación, ejecutorias, polémicas y dinámica; la protección de activos de la República; la cooptación de dirigentes hacia la Alianza Democrática, y el retorno electoral unitario en las regionales del año 2021. Todo esto



es el contexto del debate presente hacia una ruta unitaria plausible, o una escisión respetuosa de las profundas divergencias.

Esta posibilidad invita a una revisión adicional acerca de los consensos normales que han alimentado las certezas ideológicas del campo democrático. La que generalmente ha sido una orientación democrática de centro, en ocasiones definida con nostalgia del viejo sistema político, parecía a veces anclado en las premisas materiales e intelectuales del tardío siglo veinte, o a la incesante diatriba en torno a la táctica dentro y fuera del exilio. ¿Cómo reafirmar la convicción democrática en la hora de una regresión autoritaria global? ¿Cómo enfrentar eficazmente la pobreza sin apelar al colectivismo opresivo o al populismo benefactor? ¿Cuál es el rol de los partidos frente a la sociedad civil y frente al Estado? ¿Qué haremos ante

la redefinición del panorama energético mundial? ¿Cuál debe ser la configuración de la comunidad política que incluya en plenitud de derechos y deberes a los venezolanos de la diáspora y el país? Ninguna fuerza política dispersa, desanimada y sin confianza en su propósito histórico puede atender estas cuestiones fundamentales.

En este sentido, el aporte de Julio Borges hace que la suya sea una voz significativa. Lo que comenzó hace treinta años como una agrupación de activismo estudiantil en torno a la justicia de paz y la construcción de espacios comunitarios, Primero Justicia se transformó hace dos décadas en un partido político que ha sido pilar de la promoción de la democracia en el país. Desde el humanismo de centro, y junto con Acción Democrática, Un Nuevo Tiempo y Voluntad Popular, ha protagonizado las diversas variaciones de las alianzas opositoras, desde una posición de peso específico propio que le granjearon sus avances electorales y de organización a nivel nacional como opción de poder real. Ha sido formadora de cuadros políticos y dirigentes que recorren el país y el mundo, encontrándose hoy en un importante proceso de reestructuración, con la ambición y empuje que llevó a sus entonces jóvenes fundadores a organizarse más allá de la coyuntura constituyente con la que comenzó la revolución bolivariana.

Y es en este punto que me detengo en una consideración especial sobre Julio Borges. Escribí al inicio que abordé estas páginas como ciudadano, aunque en una faceta distinta a la elección de vida que hizo él décadas atrás. Debo confesar que abordé esta tarea partiendo de una posición de respeto hacia su trayectoria, que

en medio de la confianza y el descreimiento actuales rara vez es evocada. De una generación fundadora cuya relevancia va más allá del partido aurinegro, se ha destacado más por la organización y la tenacidad que por la retórica y el carisma. Esa tenacidad está marcada por su decisión de optar por el servicio público, en un tiempo en que sus contemporáneos rechazaban, no sin fundamentos, la pertenencia a partidos e instituciones políticas. Con su formación académica y profesional, habría podido acceder a una carrera privada que, sin ser garantía de prosperidad, no conllevarse los rigores propios del político de vocación. A esto que de por sí ya es significativo, se suma hoy un exilio junto con su esposa e hijos, tras haber soportado por años violencias y vejámenes que conocemos, y otros que seguramente ignoramos.

En buena medida, figuras como Julio Borges, junto con la de otros de su generación –López, Capriles, Ocariz, Machado, Solórzano– han asumido la tarea que se corresponde con los talentos y ventajas con los que han sido privilegiados dentro de la comunidad política. Tal ha de ser la medida de su exigencia, como deber de las élites o de quienes aspiren a serlo. Encuentro en esta constatación un sentido profundo de los diálogos que leerán a continuación: el descarnado llamado a una polémica constructiva, en medio de una coyuntura de redefiniciones y reorganización. Le invito pues, ciudadano lector, a leer, contrastar y juzgar con seriedad los argumentos y testimonios que Paola Bautista de Alemán ha recogido en su conversación con Julio Borges. Aunque aún hoy nos eluda el fruto futuro, no denigremos de la semilla de una nueva comunidad. ☹

1922 >> HITO FUNDADOR DE LA ERA PETROLERA VENEZOLANA

“El Barroso”: una biografía inconclusa

El 14 de diciembre se cumplen 100 años del que sería un hecho que marcaría de manera profunda la historia venezolana que vino a continuación: “reventó” el que se convertiría en el pozo petrolero “El Barroso II”, en las proximidades de la ciudad de Cabimas. “Con la primera claridad del amanecer del día 14 las arenas ceden y un débil pero constante flujo de petróleo liviano emociona a la cuadrilla”

MIGUEL ÁNGEL CAMPOS

El día 11 de noviembre de 1922, Henri Pittier llega a Valera, había estado en Mene Grande entre el 26 de octubre y el 3 de noviembre. Es una estación en sus exploraciones botánicas de la cuenca del lago de Maracaibo, cuyo informe aparece en forma definitiva de libro en 1923 (*Exploraciones, botánicas y otras, en la cuenca de Maracaibo*). De Mene Grande se dirige a Maracaibo con la intención de reposar, pues no se siente bien. Decide hacer la ruta del piedemonte buscando un clima temperado y como ha elegido el caserío El Dividive, especie de punto de irradiación, se estaciona en Valera. Allí permanece “por unos doce días, durante los cuales me recobré de un fuerte ataque de disentería contraído en Mene Grande” (Pittier, Henri, *Trabajos Escogidos*, pág. 83). Por fortuna, el contagio no deja secuelas y decide regresar de inmediato a Maracaibo por la vía de La Ceiba, son los años de mayor actividad del ferrocarril La Ceiba-Motatán, alguna vez proyectado para llegar hasta Trujillo.

La contemplación del panorama a lo largo de la vía sustancia la documentación y enriquece la que será una de las primeras relaciones forestales de la zona. “Pasé en seguida a la interesante estación de La Ceiba, con sus pantanos ricos en especies raras y su selva anegada” (Pittier, pág. 83). El 4 de diciembre ya está en Maracaibo, anota la placidez del viaje y no olvida consignar su gratitud para campesinos y funcionarios, antes lo ha hecho con las atenciones recibidas del administrador de la *Caribbean Petroleum Company*. Salvado de la disentería, de vuelta a la zona y en plan de continuar el prospecto de sus exploraciones en la cuenca, Pittier está listo para ser el excepcional espectador del mayor acontecimiento de nuestra saga del petróleo, después del hito del “Zumaque”.

El “Barroso II” era en realidad un antiguo pozo abandonado en agosto de 1918. La *Venezuelan Oil Concessions* no vivía todavía sus mejores tiempos y detuvieron el sondeo a una profundidad de 103 metros sin encontrar señales de arenas bituminosas. En septiembre de 1914 la *General Asphalt* había abandonado el pozo “Bacante 1” en la Cuenca de Maturín, a una profundidad de 1.416 metros, y esto era un esfuerzo devastador. Sin embargo, la VOC estaba destinada a ser el heraldo de los grandes hallazgos. El 13 de diciembre de 1917 había completado con éxito un pozo exploratorio (“Santa Bárbara-1”), y



REVENTÓN BARROSO II / ARCHIVO

como indica Aníbal Martínez, la “VOC había descubierto sin saberlo el campo ‘Costanero Bolívar’, una de las tres acumulaciones de petróleo mayores del mundo” (*Cronología del petróleo en Venezuela*, Aníbal Martínez, pág. 52). El pozo exploratorio (*wildcat*) cumple una función de desbroce de la estratigrafía en un área sobre la cual no hay mayores datos, tan solo la descripción física, la información obtenida orienta decisiones y expectativas de los tenedores de lotes cuya vastedad obliga a establecer unas mínimas referencias a la hora de emplazar el barreno. En todos los campos descubiertos hasta 1933 en Venezuela las referencias fueron los *seepages* (manaderos o filtraciones) y geología de superficie. Retomado en julio el sondeo, a los 337 metros los síntomas eran otros, a los 441 metros encontraron arenas petrolíferas y abundante gas. Hacia los primeros días de diciembre “El Barroso” alcanza 1450 pies, poco menos de 500 metros. Con la primera claridad del amanecer del día 14 las arenas ceden y un débil pero constante flujo de petróleo liviano emociona a la cuadrilla.

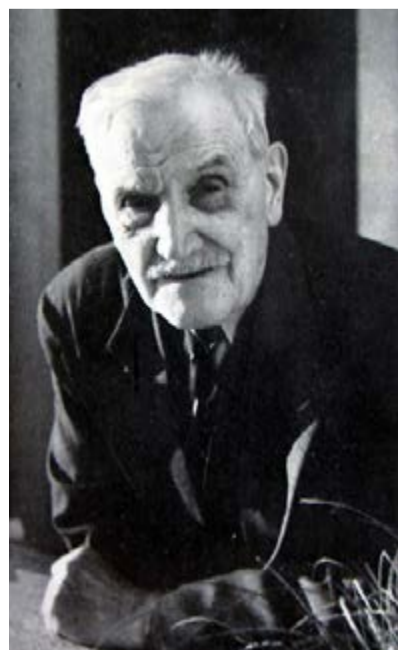
Se esperaba perforar hasta los 2.500 pies antes de proceder a cementar y emplazar una válvula, pero casi de inmediato, y tras un ruido “sordo, como miles de trenes en marcha” el chorro se elevó a 60 metros y proyectó en el aire barreno y aparejos. Durante los siguientes 9 días el petróleo llovió sobre la floresta, y sin ninguna posibilidad de taponar la tubería de 10 pulgadas, pronto saturó el terreno húmedo y pantanoso y llegó al lago. “Casi 100 mil barriles diarios salían de aquel pozo en la selva. El petróleo cubría los árboles, las enredaderas, y en torrentes cada vez más fuertes fluía a través de la maleza como una negra serpiente” – según el anónimo testimonio del autor de *Los antecesores* (pág. 32).

Las ferreterías de Maracaibo agotaron sus stocks de herramientas y maquinaria ligera, útil en la remoción de tierra para levantar montículos y cavar. Para el día 18, cuando el terraplén había sido concluido, la mancha se adentraba más de un kilómetro en el lago y desde el punto de erupción a poco más de 1200 metros. Hacia la medianoche del día 22 aparecen los hombres de San Benito, el santo negro venerado en la zona, los chimbanguales despliegan la monotonía de sus tambores como mantra apaciguador. “Mientras el pozo rugía y los bañaba, ellos golpeaban los tambores e imploraban al santo para que detuviera el líquido”. (*Los antecesores*, pág. 33)

Hacia las 8:30 am., el chorro cesó como taponado por un sello hermético, los tambores siguieron sonando ahora solos, los ejecutantes, exhaustos, no percibieron la irrupción del silencio. La arena masiva hizo colapsar las paredes y la tubería de 10 pulgadas quedó obstruida. Un estimado de entre 850 y 900 mil barriles (1 barril: 158 litros) fluyó durante los nueve

días. Desde las lagunetas se bombeó el derrame hasta las hondonadas construidas en la parte más alta, así el petróleo volvía a estar encriptado, ahora a flor de tierra en aquellos depósitos porosos. (“Entre el pozo y el lago se habían construido perpendicularmente al río de petróleo largos diques para detener el líquido, formando así extensos estanques por medio de los cuales se salvó parte del aceite” (Pittier, pág. 87).

Unos 350 mil barriles, la totalidad de lo recuperado, se cargaron en dos tanqueros de pequeño tonelaje rumbo a Curazao, aunque ya desde mediados de 1917 otra filial de Shell inicia operaciones de refinación en San Lorenzo y para procesar la producción del Campo Mene Grande. Aquí asoma en proporciones el viejo déficit del caldo del canal de la Barra de Maracaibo. Ya en 1863 hay una primera propuesta de ampliación, un ciudadano alemán de apellido Bauder recibe un contrato firmado del Ministerio de Fomento. En 1894 el ingeniero Jesús Muñoz Tébar presenta al Ministerio de Obras Públicas otro proyecto, se publicará en *El Cojo Ilustrado* en 1897. En 1910 el norteamericano Norman Clark hace una propuesta donde agrega aspectos de economía y financiamiento de la obra, exonera a los buques y mercancías de cabotaje y el servicio revierte a los 25 años. En 1914 el periódico *El Fonógrafo* promueve un concurso y son recibidos seis estudios. Se escoge un proyecto ganador y el segundo lugar corresponde al ingeniero Pedro José Rojas, este había llegado a Maracaibo en 1910 y se quedará por largos años. En 1947, en el primer número de la *Revista de la Universidad del Zulia*, se publica su estudio y lo acompaña de una sinopsis de las diligencias previas de solución del somero calado. En 1938, la *Caribbean Petroleum*, ejecuta a su costa la primera profundización y el canal alcanza casi seis metros en marea alta, en 1945 se crea el Instituto Nacional de Canalizaciones. La pre-



HENRY PITTIER / ARCHIVO

sencia de Rojas en el estado Zulia es significativa, se integró a labores de edificación de obras públicas y proyectos de servicio. “Dediqué la mayor parte del tiempo libre de quehaceres (reconstrucciones del ferrocarril Carrasquero-Inciarte, Minas de asfalto y centrales azucareros) a estudiar algunas de las grandes obras necesarias para el Zulia como: los acueductos del río Palmar y Limón, los Malecones y La Ciega, y la Canalización de la Barra”. (*Revista de la Universidad del Zulia*, No. 1, mayo de 1947, pág. 84) Entretanto, y como lo hizo el embajador en 1914, el cónsul de Estados Unidos en Maracaibo se queja de que no sea una empresa norteamericana la gestora del hallazgo, “reportó y envió fotografías del reventón a Washington lamentando que fueran otros...” (Miguel Tinker Salas, *Una herencia que perdura*, pág. 91). No será sino en junio de 1924 cuando una compañía norteamericana exporta petróleo venezolano por primera vez (*Lago Petroleum Corporation*).

Dejamos a Pittier en Maracaibo y a comienzos de diciembre, para el 14 con seguridad se encontraba cerca del piedemonte de la Sierra de Perijá. Una anotación nos deja su ubicación exacta del lado occidental del lago, quizás decidió retornar a Maracaibo por el recodo sur del lago a fin de completar su perspectiva de los tipos de vegetación cambiante, de selva húmeda a xerófila. “Yo vi el chorro el día 21 de diciembre, desde El Carmelo, en la margen opuesta del lago, de donde simulaba una pluma de avestruz puesta verticalmente” (Pittier, pág. 86)

Resultaba visible desde los techos altos de la zona del puerto, en Maracaibo, a unos 35 kilómetros de distancia. La comparación de la proyección del chorro en el aire con una pluma de avestruz se aviene con los referentes del naturalista. Pero ya antes, el relator de *Los antecesores* ha dejado su comparación prometeica: “...el petróleo saltó del pozo en un chorro de 60 metros que se abrió en el aire como el paraguas de un titán”. Aves o gigantes mitológicos, aquellas huyendo de la desolación, estos abriéndose paso entre la naturaleza colmada para reducirla y vaciar sus tesoros en el plan del progreso.

Es el inicio de un contraste, la comparación palmaria entre lo primordial y la civilización mecánica, la tierra dolida y la acción acometedora de un nuevo estilo de acopio de riqueza. Un paradigma de relación con el entorno y hábitat donde el paisaje se reconoce de una manera codiciosa. Ese horizonte que siempre estuvo allí, en ocasiones incinerado para hacer fecundas las cosechas (las rozas campesinas), se torna impersonal y ya no es posible ver la misteriosa relación entre la población y ese *locus* redentor, ahora respirando desde las profundidades, pero es la misma tierra cercana y abrasadora. En todo caso sigue siendo la misma tierra sustentadora de la búsqueda del bienestar, antes desde la agricultura áspera y sus gamonales, ahora desde la implantación de un ritmo donde ya no es posible reparar siquiera en la vegetación.

Interesa detenerse en el relato de Pittier, escrito como la consignación del duelo, su

primera impresión no es de deslumbramiento por el hallazgo, no hay en él asombro benéfico ante el prodigio, antes es evidente cierto pasmo del clasificador botánico ante las especies embutidas en la brea, sin identidad, pura masa vegetal empastada en un barro negro. Su propósito en aquella expedición era hacer descripción e inventario de la vida vegetal de la cuenca, pero se encuentra con imposibilidades insalvables, como esa de la estación, la mayoría de las plantas no tienen flores en esa época y así duda: “Como no conseguí flores, no me es posible concluir la determinación de esta interesante especie” (Pittier, pág. 92). También le exige un esfuerzo adicional la convivencia de especies xerófitas en terrenos donde el petróleo fluye o se enquistas en cuñas de las sabanas rígidas: “El arbolito forma también matas de poca extensión, casi siempre en la proximidad de derrames de asfalto; parece distinto de otro que encontré en la proximidad de sabanas de galería de El Dividive” (Pittier, pág. 92).

Las afloraciones a lo largo de toda la orilla oriental diluyen o enmascaran la vegetación, sean especies achaparradas indefinibles o montecillos cuya única similitud parece ser el aspecto pastoso. A ratos la descripción del taxónomo parece letanía de sinonimia, todo se parece y tiene una uniformidad que solo el entrenado se niega a aceptar como igualación, lo sorprende un único arbusto de *tacamahaco* desplegado en la sabana rispida de Mene Grande. De alguna manera la formación geológica derramada de las sabanas, emergiendo o escapando de la selva de galería determina la estructuración de la flora en campo abierto, frena el crecimiento de árboles de sombra y estructura un subsuelo somero atravesado de fluidos superficiales y subterráneos. “En las cabeceras del arroyo que se atraviesa yendo a Pueblo Nuevo, hay unas como ciénagas en las que se mezclan la brea, el petróleo y el agua corriendo medio ocultos, debajo de un manto traidor de tupida vegetación” (Pittier, pág. 91).

En más de una oportunidad se queja de sí mismo en cuanto a la deficiente clasificación de aquella zona y sus especies, cuando cree haber identificado alguna advierte ligeras diferencias. Variaciones y aspecto lo obligan a contrastar y en constante referencias a otras plantas, anota la modelación ejercida por la estructura de las capas tectónicas, su efecto superficial. Fuentes de aguas termales, azufre y el gas contenido en los bolsones impregnan la capa vegetal no solo de olores y texturas características, también modelan el paisaje desde la modificación de nutrientes. Le llama la atención la ausencia de cuñes y dividives en la costa oriental, tan común en los alrededores de Maracaibo; vegetación irregular y chaparrales discontinuos los asocia a terrenos de cascajos y arcillosos, como si el sustrato impusiera su morfología. “En los vallecitos de las lomas de Mene Grande, en terrenos cascajos que resultan de la descomposición de los conglomerados, la flora es mucho más variada. (Pittier, pág. 91)

Tanto como identificación de especies, la relación de Pittier va dejando una descripción del paisaje vegetal, la topografía primitiva enlaza con las modificaciones de la actividad minera y así ya es preciso dar con la regularidad del áspero hábitat, y a la espera de su caracterización definitiva. De alguna manera, el Informe de Pittier se convierte en la única relación ordenada de una zona poco estudiada –la ilustración zuliana de la segunda mitad del siglo XIX parece poco interesada en el *hinterland*–, y sobre todo ocurre en un momento oportuno y casi límite: es una descripción previa al desarrollo a gran escala de la extracción petrolera, cuyo impacto supone modificaciones del paisaje.

(Continúa en la página 10)

“El Barroso”: una biografía inconclusa

(Viene de la página 9)

Como miembro de la Comisión de Límites Venezolana Colombiana, cuyo destino inmediato es Cúcuta, él se rezaga y solicita permiso para “investigar lo que pudiera de la parte baja del Zulia y Trujillo, región casi desconocida científicamente e importante por la multiplicidad de sus maderas y otros productos importantes...” (Pittier, pág., 46). Su estadía en la zona se prolonga pues la comisión se atasca en Colombia por el prolongado mal tiempo, así dirá “que si yo hubiera seguido con aquella (la comisión), el resultado de mis tareas hubiera sido nulo”. El naturalista, pues, cumple misión en una dirección inversa, acopia y valúa bosque y geografía en unos límites nacionales expuestos a la disminución, en esa acción nada se pierde y se revela lo desconocido fecundador. Porque en las negociaciones diplomáticas mucho se ha perdido y aun se perderá.

El saldo no podía ser más emocionante, crecen los herbarios y la fitogeografía adquiere un perfil en una fase inicial, cartografía y *mundus* se completan, el estado Zulia gana en tonos y variedad de su horizonte, su florista distintiva se expone como rasgo de la regionalidad y el país raigal se va completando. “Además de colecciones considerables de plantas y maderas, he traído de este viaje fotografías de los tipos de vegetación y otros detalles importantes, además un extenso acopio de datos sobre ecología...” (Pittier, pág. 46).

Desde Mene Grande (visita del 26 de octubre hasta el 3 de noviembre) hace la ruta hacia Cabimas, sigue la vía férrea de la pequeña locomotora que enlaza el campo con San Lorenzo. El camino despejado por la ancha trocha le permite coleccionar con cierta comodidad, aunque la típica selva de galería ha sido despejada, otras especies fructifican en una mescolanza ubérrima. En el sendero iluminado encuentra una flora extraña y propia de lugares distantes, aquí se asoma por primera vez un problema de germinación que será resuelto 40 años después por Volmark Vareschi con sus experimentos de verificación y efecto del calor en los incendios. (“La trocha es reciente y es difícil explicar cómo llegó al terreno deslindado la semilla de las siete Gramíneas y de algunas otras de aquellas hierbas fotófilas”).

Casi bordeando el lago, la ruta corresponde ya a la franja de La Rosa y así cuanto anota y recoge pertenece a lo representado en el área donde saltará “El Barroso”, y así lo consigna: “algo de la vegetación que se encuentra en el declive de las lomas, está presente en los primeros kilómetros del camino que conduce a Los Barrosos” (Pittier, pág. 92). La visita expresa del 24 de diciembre –el chorro cesó el día anterior– tenía entonces casi un carácter forense, las imágenes frescas de unas pocas semanas atrás eran no solo guía de contraste sino apoyo para reconocer el lugar. Quien ha estado aguzando los sentidos para discernir las sutilezas de texturas y fragancias, forma y volumen de flores y frutos debía sentirse abrumado por la degradación de un mundo aún sin nombre. “Aunque las cercanías de La Rosita estaban completamente desfiguradas por su original pintura al óleo mineral, quedaban en pie suficientes árboles para demostrar que estábamos todavía en las formaciones xerófilas...” (Pittier, pág. 89).

El recién llegado encuentra un escenario donde se mezclan trozos de hierro, asoman aquí y allá flancos de la maquinaria semihundida, la boca del pozo apenas es reconocible por desmayados borbotones, burbujas tornasoladas. Calcula que en un radio de un kilómetro aquella desolación es continua, no hay signos de actividad humana, al cesar el chorro el día anterior las cuadrillas se retiraron a recuperar fuerzas. “El suelo, la vegetación, las casas, etc., estaban revestidos con una capa de aceite cru-



do mezclado con asfalto”. Es la relación de un apocalipsis, a la tierra se ha sobrepuesto un manto envolvente, la oprime y satura una sustancia que todo lo asfixia. El silencio es la continuidad de aquello oleoso y brillante al sol.

Quien ha estado haciendo inventario de la naturaleza y dando noticia de la diversidad forestal es ahora testigo de la devastación, casi como ruina moral aquellos despojos acusan un extravío. No hay veedor ni denunciante, aquel estropicio está fuera de toda sensibilidad civil, las líneas de Pittier son la escueta consignación de un drama que nadie califica. “Era como un luto general, acentuado por el callar de la naturaleza”. Un luto sin dolientes, la tierra martirizada no estaba sino en los veneros del criollismo, este en su alegato tampoco mostraba al hombre conciliador, sino habitante dolido de lo nacional, la patria difusa. Pittier, contra lo esperado, no insiste en la descripción de la masa vegetal retorcida, los mismos perfiles antes fijados en su inventario, lo conmueve la ausencia absoluta de la vida animada. “Los pájaros habían muerto o desaparecido, y en los matorrales en donde jugaban había unos pocos días las iguana y las lagartijas reinaba un silencio sepulcral, solamente algunas cabras flacas vagaban por allí, extrañadas de no encontrar hojas verdes que ramonear”. (Pittier, pág. 87).

En su negra postal parece dejarnos el recuerdo del futuro, el caos en el manejo de los recursos naturales en un país que se apresta a encarar las penurias con la riqueza financiera salida de la economía petrolera. Nos advierte sobre el estatuto de la naturaleza en una comunidad de extracción rural, pero carente de intuiciones cósmicas respecto a ese entorno. Indios, campesinos, negros, mestizos, la avanzada interiorana de la Casa Grande y su hacienda modélica, nadie ha integrado lo sustantivo de ese mundo reproductivo a una pasión moral de tierra y geografía como horizonte, no de enclave sino de hogar.

La imagen de “El Barroso” hecho pedazos, los trastos metálicos hundidos entre borbotones agónicos, la ausencia de pájaros e insectos, es toda una alegoría. Pero no de maldiciones o invasiones antinacionales, como han pretendido ver buena parte de nuestros cronistas de la venezolanidad. Alegoría, sí, de la ausencia de responsabilidades cívicas, del escaso sentido de adscripción, de la dispersión de un gentilicio, de la desatención de las fronteras y la pérdida histórica del territorio.

La significación de “El Barroso” desborda las circunstancias del éxito de unos perforadores, hasta ese momento en ningún otro lugar del planeta donde se explotara petróleo había ocurrido un *gusher* de esa magnitud. Las concesiones venezolanas fueron el escenario pionero en uso, prueba y desarrollo de técnicas y procedimientos de prospección y producción. El relevamiento de Arnold (1911-16) correspondía a la pura descripción física de formaciones y suelos, valoración geológica de la topografía, pero la búsqueda y elección de las áreas de perforación hasta los años veinte se hacía sin mayores re-

“Hasta 1921, 2.300 venezolanos solicitaron concesiones sobre sus tierras particulares”

Los cursos de orientación. La indicación expresa de Arnold en El Zumaque se funda en la sola observación: el cerro La Estrella es un enorme anticlinal. Recién, en 1937 el Servicio Técnico de Geología y Minería dará a conocer el mapa preliminar del norte de Venezuela.

Los hitos de las innovaciones aplicadas por primera vez en Venezuela están consignados en buena medida en el libro puntual de Aníbal Martínez, *Cronología del petróleo en Venezuela* (1970). Aquí un resumen: método de equilibrio de torsión (1925), sismografía directa (1926), el primer registro eléctrico de un pozo, “*made on this side of the Atlantic, run by Schlumberger, in Venezuelan Oil Concessions' well R-26 in March 1929*” (*National Petroleum Convention*, pág. 87); en 1939 por primera vez la Shell incorpora la palinología en la exploración, establece un laboratorio en Maracaibo; la orientación horizontal de extracción también es otra novedad.



TRABAJADORES PETROLEROS PRESENTES DURANTE EL REVENTÓN DEL BARROSO II / ARCHIVO

La perforación en el lecho del lago fue una de las consecuencias inmediatas del suceso del 14 de diciembre de 1922. Y no es que se desdeñara los lotes lacustres, simplemente a nadie se le podía ocurrir instalar allí una plataforma cuando se disponía de millones de hectáreas en tierra, aunque solo de unos pocos miles se conocía su potencial. A menos que a un kilómetro de distancia de la orilla hubiera saltado el pozo más rendidor. Y fue idea de un hombre fastidiado por los largos días en el caluroso Maracaibo, su nombre, Anthony Smith. Todo el territorio de lo que después sería conocido como el “Campo Costanero Bolívar” se lo repartían dos empresas, Caribbean Petroleum y Venezuelan Oil Concessions, ambas subsidiarias de Shell, cuanto fuera tierra firme les pertenecía. En realidad no había distinción geológica entre los distintos lotes de concesiones a lo largo de la zona costera, solo se trataba de zona seca o lago. Si la British Equatorial elige perforar a 1.8 metros del borde seco, cuando el pozo se muestra prometedor, entonces la VOC emplaza una torre de percusión a solo 20 metros de allí. Aquello trajo complicaciones de linderos, pero sobre todo tuvo un impacto desastroso en la regularidad del paisaje, la perforación competitiva convertía el espacio abierto en zona de riesgo. En enero de 1927 se establece la prohibición de perforar a menos de 75 metros entre sí, era una medida conservacionista en medio del casi vacío legislativo, que será subsanado con la Ley de Hidrocarburos de 1943. Pero antes, en junio de 1930, se crea la Inspectoría Técnica de Hidrocarburos, su primer director es Guillermo Zuloaga, y la oficina principal estaba en Maracaibo –Zuloaga será el primer venezolano director ejecutivo de una empresa petrolera en 1951. Aquella Inspectoría significó por primera vez la presencia activa de funcionarios del Estado en labores de supervisión y resguardo del territorio y hábitat. Los afanes de Gumerindo Torres se veían así compensados, y ciertamente tendrá en el ministro Néstor Luis Pérez un émulo más que sucesor. “1936. Octubre. El ministro Pérez exige a las compañías limpiar las riberas contaminadas de petróleo del lago de Maracaibo, y que sus carreteras privadas sean abiertas al tráfico general de vehículo”. (Aníbal Martínez, pág. 78).

La minúscula British Equatorial se había aprestado a adquirir un lote en la llamada “Franja de un kilómetro”, denominación puramente legal que el Estado venezolano daba a una zona considerada impracticable: un kilómetro lago adentro, y a lo largo del borde costero. El punto elegido estaba en línea recta de “El Barroso” hacia la playa, apenas alejado de la línea del arenal, “el agua solo llegaba hasta las rodillas”. Para vigilar durante las 24 horas el pozo pionero alquilan y acon-

dicionan la casa de un pescador, a 60 metros de la playa. Eran solo tres operarios y la expectación de los mirones iba de la curiosidad a la burla. “No obstante había mucha gente el 25 de julio cuando Smith inició la perforación. La mayoría de esas personas venía del campamento de la VOC en La Rosa y se burlaban cruelmente de Taylor y de los hombres de la cuadrilla” (*Los antecesores*, pág. 40). A las labores de percusión y mantenimiento de estabilidad de la rústica plataforma se agregaba una preocupación no menor: evitar que la arena y sedimentos extraídos se conviertan en relleno. Si esto ocurría significaba que la British Equatorial estaba perforando en la concesión de la VOC.

Las fundaciones de aquella primitiva torre, apenas unos bloques vaciados posados en la arena, es la protohistoria de las plataformas que ya en los años treinta convierten el lago en una selva de cabrias. “Mantenia un hombre sacando arena entre el taladro y la costa. —No quiero que la arena se acumule, advirtió, no tengo intenciones de permitir que la VOC reclame este pozo alegando que está en tierra”. (*Los antecesores*, pág. 41). Cuando se construyó el dique de contención, este deslindó sin apremios las concesiones de tierra y agua, elevado unos 10 metros encima del plano, como una cerca que confina otro mundo en el centro del lago. Pero los actuales 48 kilómetros de escollera no solo no existían entonces, “El Barroso” estaba unos pocos kilómetros más al norte, donde lago y humedales todavía mantienen un nivel favorable a la escorrentía. Para entender este celo es preciso recordar cómo en esos años todavía se mantenía la especulación y asignación de lotes por parte del gobierno a un entorno clientelar, los validos del gomecismo obraban en la transacción final. Hasta 1921, 2.300 venezolanos solicitaron concesiones sobre sus tierras particulares, de acuerdo a un artículo de la Ley aprobada en junio de 1920. Por lo demás, entre las compañías era permanente una guerra no siempre florida. Durante todos esos años, y hasta la aprobación de la Ley de Hidrocarburos de 1943, las grandes concesiones (Planas, Vigas, Aranguren, Valladares) son objeto de complicados litigios en el curso de sus sucesivos traspasos. De la miriada de buscadores de petróleo registrados en el Ministerio de Fomento, un número casi fantástico se encuentra en actividad para el 31 de diciembre de 1929: “Hay más de cien compañías petroleras operando en el país, si bien solamente cinco exportan cantidades significativas de crudo”. (Aníbal Martínez, pág. 69). Hacia los años cincuenta solo tres se reparten casi toda la actividad de la industria: Shell, Creole Petroleum Corporation y Mene Grande. Aparte de la British Equatorial, otras compañías adquiridas en esos años por la Creole fueron: West India Oil Co., Standar Oil Co.

El primer pozo productivo a gran escala completado en el lago es el logro de unos parias del negocio, casi unos renegados, pues ninguno de los tres pertenecía a nómina de alguna compañía. Como la de “El Barroso”, su historia se disuelve en los siguientes años, nada se sabe, no queda más relación sino una memoria compartida del episodio de risas y escepticismo entre los espectadores. Como “El Barroso”, saltó sin control, proyectó una estela de 45 metros, fluyó durante nueve días y la peripecia de recuperar lo derramado merecería una pausa, porque ahora llovía sobre las aguas mansas. Agotaron la existencia de lonetas de los almacenes de Maracaibo, las cosieron como un hechizo y así cercaron las cuatro hectáreas alrededor del pozo: pesas abajo y flotadores arriba. Y sin embargo lo derramado se recuperó casi en su totalidad. Sin nombre, apenas tenemos la serie continua donde se indica el volumen vertido durante esos días, nos queda una sigla y un número (LR-34).

(Continúa en la página 11)

“El Barroso”: una biografía inconclusa

(Viene de la página 10)

Se considera 1922 como el inicio de la segunda fase de relacionamiento entre Estado, economía y petróleo. Los volúmenes de producción desbordan cualquier expectativa. (“1923, 31 de diciembre. Por primera vez la producción durante el año supera los 15 millones de metros cúbicos. Venezuela es ahora el segundo país productor de petróleo en el mundo, y el primer exportador”. (Aníbal Martínez, pág. 67). Para el año 1949 Venezuela ha producido 5.000 millones de barriles, obtenidos de alrededor de 9.400 pozos. Y aunque es la economía de un país de alrededor de un millón de kilómetros, la actividad está concentrada en un estado de 64 mil kilómetros, y dentro de este focalizada en una franja de 69 kilómetros de longitud y 16 en su ancho máximo. Los recursos utilizados en la modernización del país y su actualización política durante más de 50 años, puede decirse que casi en su totalidad corresponde a la explotación de esa franja, el Campo Costanero Bolívar: “*More than 99 per cent of the production was from the west, where fields immediately east of the lake produce alone about 95 per cent of the entire Venezuela total*”. (Texto de los *Papers* presentados en la *National Petroleum Convention*, pág. 184)

La concentración demográfica y el patrón de poblamiento fue otro rasgo proyectado directamente de la coyuntura, la casa alquilada frente al pozo da la medida de una relación entre la zona de operación y el alojamiento. Avanzada y poblamiento corresponden a un capítulo del anclaje demográfico tras la emergencia del petróleo, mal conocido y poco estudiado. Como síntesis y ciñendo el vacío de investigación tenemos el trabajo de Pedro Romero “La geografía del poblamiento de la Venezuela petrolera”, inciso de la obra monumental de la Fundación Polar *Geo Venezuela* (2007). Los nuevos modelos de ocupación territorial están influidos por la actividad de explotación, y desde la colonización de zonas deshabitadas y remotas hasta la afirmación de la nueva actividad en zonas distintas a la ocupación colonial y republicana. Romero señala como un urbanismo compulsivo y sin control formal del Estado, que se mantiene atado a las exigencias primarias de la industria petrolera, de la urgencia de la carpa al pie de la perforación hasta los campamentos organizados en función de servicios estables. Esta disposición autárquica no varía en el caso particular de Maracaibo –recuerda–, el único lugar donde urbanización y población preceden a la instalación de campos. La irradiación de ese poblamiento debía ser selectiva, y en ausencia de desarrollos paralelos de servicios e industrias concomitantes. Dejaba intactas amplias zonas, estas permanecerían despobladas y sus traídas del efecto directo de la actividad petrolera. El Informe sobre tierras y recursos forestales presentado por Pedro José Rojas a solicitud del Ejecutivo Nacional nos deja un prospecto demográfico de la zona que hoy comprende el campo Mene Grande y parte del Costanero Bolívar. Tras hacer el inventario de sabanas y evaluar condiciones climáticas y de humedad hace una indicación certera: “...la evaporación del Lago y las lluvias suplen las dificultades de regadío, pero esto requiere una población que no solo esa sino la próxima al Lago no alcanzará en un siglo”. El informe está firmado en Maracaibo el 14 de octubre de 1910. (*Medio siglo de la industria petrolera de Venezuela*. Publicación Especial de Shell. Producción CORPA, 1964). Pudiera decirse que en relación a la presencia y función de ese contingente humano, necesario para aquella explotación, esa profecía se ha cumplido.

La casa frente al pozo afirma una relación rotunda que se mantendrá, de cercanía espacial e influenciando un circuito definido hasta sus máximas consecuencias: no de otra manera se podría explicar la metamorfosis de Cabimas, de aldea dormida a la novena ciudad del país hacia 1960. Así co-



BARRA CANALIZADORA DEL LAGO DE MARACAIBO, 1960 / ARCHIVO

mo la “casa grande” de la hacienda colonial estableció una jerarquización de territorio y caminos, las exigencias espaciales de la industria petrolera modelaron una relación con el medio. Revertir la hostilidad del asentamiento natural significaba recrear ambientes y paisaje, así los campos residenciales emergen en la campiña áspera con sus arboledas y jardincillos. El pozo debía ser vigilado desde el confort. Era la expresión a escala de una más amplia y real reformulación: “Esta vez será necesario reordenar el territorio para facilitar la obtención del oro negro reclamado por el desarrollo industrial como su principal fuente energética”. (Pedro Romero, pág. 289).

El desarrollo industrial para el procesamiento y mercadeo de productos conserva el mismo patrón: cerca del litoral lacustre. Es así como La Salina, iniciativa de alguien que conoce muy bien la saga de los tres hombres de la British Equatorial, se construye entre La Rosa y Cabimas, más que al frente, al borde del lago. Materia prima, refinación y alojamiento forman una cuadrícula casi espacial, y a su alrededor evolucionará el arraigo de los grupos trashumantes en busca del solaz. “Planeaba vender productos refinados en el mercado venezolano para conseguir dinero y perforar más pozos”, así resume Holland su razonamiento casi personal ante la directiva de la empresa (*Los antecesores*, pág. 44).

La demanda de servicios se encontraba casi en el vacío, sin infraestructura y en medio de una economía de subsistencia, el ordenamiento de la implantación estaría necesariamente condicionado por esquemas de la actividad laboral de la metrópoli. “Era tal el hacinamiento en La Rosa que las camas nunca se enfriaban; un perforador se iba y dejaba su cama a otro que venía” (*Los antecesores*, pág. 44). Pero la conmovición real no ocurría en el lugar de los hechos, Cabimas con sus alrededores seguía siendo una aldea soñolienta. Para 1922, en toda la Costa Oriental, hay un asentamiento importante que reúne una comunidad de obreros y capataces, un capital de producción y equipamiento técnico. Este desarrollo había comenzado en puridad el 15 de abril de 1914, al ser completado “El

Zumaque” y reconocido como un pozo productivo de petróleo liviano.

Y sin embargo, en ocho años, el efecto de aquella actividad todavía marginal eran solo ecos entre la población de Maracaibo. De cuando en cuando algunos gringos aparecían en la ciudad, eran más turistas petroleros husmeando en la novedad de la región que gerentes o *drillers*. José Rafael Pocererra los retrata en su novela *Tierra del sol amada* (1918), acodados en la barra de un bar, pasan casi inadvertidos. La ocupación plena de los pocos hoteles de la ciudad en los primeros meses de 1923 ya debía advertir de cuanto vendría, aislada por un lago de 13 mil kilómetros, su intercambio con el resto del país nunca fue ruidoso: algún comerciante andino paraba en el hotel Victoria y charlaba al desgaire con el dependiente. Tras la fundación de Alfínger en 1529, quien entra desde Coro, la consolidación del poblamiento se hizo desde la selva y montañas del sureste, Trujillo, Mérida y el río Motatán. Ahora el lago atlántico vuelve a ser el camino por donde llega el nuevo aluvión, la ciudad es el cuartel general de planificación de las expediciones, en ella los petroleros duermen y se divierten. Pero ese desdenado patio trasero, en un tiempo estuario, benéfico, proveedor, está asociado en la psiquis con imágenes de violencia y horror, la incursión de los filibusteros en el siglo XVII: quizás de ahí la mortal indiferencia.

La historia de aquel desembarco, cuyas consecuencias plenas pueden verse hacia 1926, no solo ha sido mal retenida, también desechada como insumo para entender el relacionamiento de los maracuchos con sus instituciones y los estilos de consumo. Beneficiados con el súbito intercambio, los ciudadanos sacan provecho del oportunismo, la alta circulación de dinero lo hace todo convertible, relativo, el sector terciario reeditúa a su más alta cota. Pero pronto se hace evidente que se requería una cierta abundancia para sostener aquella relación. La inflación se llama primero especulación, hace las delicias de los pequeños comerciantes y aviva el espíritu fenicio de los parroquianos. Luego aparece otro regulador, la escasez, la demanda general colapsa los *stocks*, la capacidad instalada es

“Materia prima, refinación y alojamiento forman una cuadrícula casi espacial”

proporcional a un mercado estable, alimentos y demás bienes básicos ya no están disponibles ni siquiera para los consumidores nativos, en realidad ellos mismos han hecho pingües negocios. El resultado de aquel trastorno de precios y demanda convirtió la ciudad en un campamento sitiado para los menos apertrechados. El editorial de un periódico (*El Excelsior*) se hace eco del drama y denuncia “que muchas personas habían sido obligadas a dejar la ciudad y buscar refugio en el campo, donde los costos no habían subido tan marcadamente” (Tinker Salas, pág. 108). Otra queja curiosa es la de ya no poder consumir carne de cacería fresca, pues los vendedores hervían las especies “tres semanas antes para preservarlas hasta que pudiesen ser vendidas a precios más ventajosos”.

De acuerdo a un registro localizado por Tinker Salas, “una gallina grande que en 1921 se podía conseguir por cuatro bolívares, en 1926 costaba 10”. Restaurantes, fondas y bares son vaciados en pocas horas. Solo como dato, el incremento demográfico ya daría alguna idea del desplazamiento de una infraestructura de servicios reducida y sin innovaciones significativas en 50 años. Las series estadísticas muestran 45 mil habitantes en 1920, en 1890 eran 40 mil, pero en 1926 son alrededor de 80 mil. El registro de extranjeros de 1928 es de 23.805, dos tercios se establecen en Maracaibo.

La irradiación de la novedad debía impregnar no solo una variedad de

consumo funcional, eso que T. Veblen (*Teoría de la clase ociosa*) ha denominado “consumo ostentoso”, puede mostrar aristas interesantes en las sociedades periféricas del Tercer Mundo. Satisfacer necesidades artificiales distingue como indicador de riqueza, pero genera un estatuto de carácter fetichista en aquellas comunidades donde no existe la burguesía como clase reguladora-productora de esa riqueza. Entre aquella población residual, no integrada directamente al proceso laboral del petróleo, debió aparecer ese fermento de tensión entre deseo, presunción y necesidades reales: hasta hoy constituye un lastre en la pobrería planetaria de la sociedad de consumo.

El resentimiento debió ser una fuerza mordiente acuciando a los desplazados, y así debió estimular otra manera de competencia y jerarquías. El incremento del costo de la vida actuó como un remodelador del concepto de trabajo. Cuando la oferta se estanca y la producción de bienes se encuentra con su techo natural, la capacidad instalada, el foco de solución se centra en los salarios. Suele olvidarse que la primera huelga en forma (julio de 1925) de obreros petroleros no tuvo origen en un conflicto laboral sino en la pérdida del valor del dinero. “Aunque no están debidamente organizados, los trabajadores petroleros del área del Maracaibo deciden ir a la huelga protestando contra el rápido aumento del costo de la vida” (Aníbal Martínez, pág. 62).

No hubo un desarrollo paralelo del sector de servicios y bienes, esa inversión ya no podía venir de la industria petrolera sino del entorno que ella había estimulado. Más allá de la hotelería, fondas y esparcimiento, de lugares de reunión como el *Blue Book* y un semanario como *The Tropical Sun*, la ciudad no mostró la ampliación que ha debido esperarse. Tras el suceso de “El Barroso”, las empalizadas y toldos acezantes frente a los pozos son sustituidas por instalaciones estables y confortables, como las que ya existían en Pueblo Nuevo, en el campo Mene Grande. En Maracaibo se oía hablar quizás con celo de las bondades de la dotación de la costa oriental. Un sábado por la noche el mismísimo Vicencio Pérez Soto, presidente del estado, se presentó de improviso en el Club La Salina, iba a disfrutar de una orquesta de Rag. “Después del baile Pérez Soto partió silenciosamente, pero se convirtió en asiduo visitante. Se hizo costumbre que pidiera a McCluskey que interpretara un solo en la mitad del baile. Por esta razón dejaba la pompa y comodidad de sus oficinas en Maracaibo y cruzaba el lago” (*Los antecesores*, pág. 63.) En el resto de las poblaciones del estado se mantenía el letargo, aunque debían padecer los efectos del trastorno de los precios.

Una mezcla de actitud conservadora y la incapacidad de asociar la explotación petrolera con un *boom* general de la economía hizo del empresariado una fuerza inercial. Los capitales asociados a las casas de exportación-importación no entendieron el imperativo de la diversificación. Así, los alemanes, por ejemplo, no sobreviven a la nueva dinámica de consumo y circulación de dinero. Debía pesar también algún sector donde se reflejaba cierto regionalismo moralizante, defensor de virtudes parroquiales y ya no conservador sino chovinista. Los argumentos de la impugnación del espléndido prospecto de canalización de la barra de Norman Clark revelan este fondo difuso de atasco que aquellos sectores imponen a unos espectadores inmóviles. “Por las razones expuestas, fundadas en sabias teorías, no nos parece viable la idea de la canalización de la barra de Maracaibo. De ser posible la realización de esta obra, ya el pueblo del Zulia, con su potente iniciativa, y con su ferviente patriotismo, hace mucho tiempo que la hubiera realizado...” (*Revista de la Universidad del Zulia*, pág. 91). La propuesta de Clark la hace por primera vez en 1910, insistirá el año siguiente con afinaciones, Rojas califica a Clark “de hombre tenaz, con *minuta mutationis*, en 1912, vuelve a presentar su contrato para la apertura de un canal entre Maracaibo y la mar”. (*Revista de la Universidad del Zulia*, pág. 89). El cuestionamiento está fechado en 1920, lo firma un señor Montero Durán y se publica en un periódico de Caracas.

(Continúa en la página 12)

1922 >> HITO FUNDADOR DE LA ERA PETROLERA VENEZOLANA

El petróleo en Venezuela. Fragmento

“La Venezuela de 1922 no se dio cuenta de la completa significación de aquel suceso. Los periódicos del 22 de diciembre lo comentaron de una manera superficial. Más importancia parecía tener la noticia de que un agitador italiano, jefe de un grupo de camisas negras, había tomado el poder después de una simbólica marcha sobre Roma. En los cinco días siguientes no se dijo nada más”

ARTURO USLAR PIETRI

La circunstancial y limitada explotación y refinación que a partir de 1878 hizo, en tierras de Rubio, la Compañía Petrolera del Táchira, es un valiente y pintoresco episodio, pero que no puede citarse como un antecedente válido del desarrollo del petróleo venezolano.

Desde 1904, bajo las previsiones de las antiguas leyes mineras, se había comenzado a otorgar concesiones para la extracción de aquella especie de brea. Los conocimientos geológicos, y hasta los geográficos, eran escasos. No había siquiera un mapa fidedigno de la región del Lago de Maracaibo. Eran soledades anegadizas, cubiertas de áspera vegetación, donde el paludismo endémico diezaba a los contados pobladores.

El primer pozo exploratorio comenzó a producir en 1914. En 1917 se hizo la primera exportación. En 1922 en el campo de La Rosa, en la parte oriental del lago, el pozo “Barroso N.º 2”, de la Venezuelan Oil Concessions Ltd. saltó violentamente en un inmenso chorro de aceite negro que estuvo fluyendo incontrolado a razón de cien mil barriles diarios.

Este espectacular suceso anunció a Venezuela y al mundo la presencia de

la riqueza petrolera. Más alto que las torres y por encima de los árboles, el poderoso chorro estaba de pie como un gigante, sacudido de acometedorra fuerza, dispuesto a comenzar su camino en la historia. La Venezuela de 1922 no se dio cuenta de la completa significación de aquel suceso. Los periódicos del 22 de diciembre lo comentaron de una manera superficial. Más importancia parecía tener la noticia de que un agitador italiano, jefe de un grupo de camisas negras, había tomado el poder después de una simbólica marcha sobre Roma. En los cinco días siguientes no se dijo nada más. Había muy pocos venezolanos que tuvieran un verdadero conocimiento de lo que el petróleo significaba en el mundo, y nada se sabía de cierto sobre la naturaleza de nuestro subsuelo.

Vale la pena lanzar una mirada al país en que brota el famoso chorro de La Rosa. Su población sobrepasaba escasamente las 2.800.000 almas. Una sola ciudad, Caracas, tenía más de cien mil habitantes. Fuera de la navegación por costas y ríos, que era ocasional y lenta, no existía, prácticamente, comunicación entre las distintas regiones. Había unos setecientos kilómetros de ferrocarril, y un millar de kilómetros de carreteras de tierra, estrechas y mal trazadas.



BARROSO II / ARCHIVO

En la ciudad de Caracas solo había un mediano hotel digno de ese nombre y dos salas de cine. De Caracas a Barquisimeto, a Higuerote o a Maracaibo se iba por mar. El presupuesto de gastos fue de 72 millones de bolívares. El total de lo asignado para obras públicas de Bs. 8.290.000; y el total de lo previsto para instrucción primaria de Bs. 2.518.000. Para inmi-

gración y colonización había cien mil bolívares. El total del Situado Constitucional apenas sobrepasaba los cinco millones. El valor de las importaciones alcanzó a 125 millones. Por año y por habitante el presupuesto representaba 26 bolívares y las importaciones 44.

A partir del año de 1922 el progreso de la industria petrolera en Venezue-

la fue rápido. El desarrollo comenzó en las zonas del Lago de Maracaibo y de Falcón. Más tarde, para 1928, se hicieron exploraciones, con resultados positivos, en la región oriental del país y se establecieron los primeros campos de la llamada zona del Orinoco, que cubre los estados Anzoátegui, Monagas y el Territorio Delta Amacuro. Una tercera zona, con muchas posibilidades, se descubrió más tarde en la llamada zona del Apure.

El aumento del volumen del petróleo producido fue espectacular. En 1921 se había producido poco menos de 5.000 barriles por día. Diez años más tarde, en 1931, la producción alcanzaba a 321.000 barriles diarios. Veinte años más tarde, en 1941, llegaba a 625.000. En 1951, o sea treinta años después, la producción llegó a la cifra de 1.700.000 barriles por día. O sea 340 veces la producción de 1921.

Dentro de ese desarrollo los expertos distinguen varios períodos, a saber: el período inicial que llega hasta 1922; el primer desarrollo en gran escala desde 1923 hasta 1929; de 1930 a 1932 la depresión mundial se refleja en una actividad disminuida; de 1933 a 1942 hay recuperación y nuevo progreso; en 1943 la Segunda Guerra Mundial ocasiona una nueva paralización. A partir de 1944, realizada la reforma de la situación jurídica de la industria, por la ley del año anterior, comienza, con ligeras fluctuaciones, el desarrollo culminante que llega hasta hoy.

Durante ese tiempo la industria petrolera de Venezuela se convierte en una de las más grandes del mundo. Poderosas empresas dirigen su desarrollo y crean grandes centros de trabajo y costosas y complicadas instalaciones. En apartados lugares se alzan las torres de perforación, se tienden los tubos de los oleoductos, se tejen los hilos de las centrales eléctricas y surgen campamentos de calles asfaltadas y blancas casas.

*Fragmento del ensayo “El petróleo de Venezuela”, escrito en 1955.

“El Barroso”: una biografía inconclusa

(Viene de la página 11)

En general, puede decirse que la irrupción del petróleo en la Maracaibo acunada en su rada, con sus discretas fuentes de provisiones hizo pedazos un esquema de producción y distribución. Pero sobre todo obró como un revulsivo que puso a prueba la eficacia de su formación institucional, y resultó un examen a fondo del voceado prestigio de la ciudad civilista e ilustrada, surgida en la segunda mitad del siglo XIX –tesis esta difundida en años recientes por algunos grupos académicos universitarios. En 1922 ya hace 20 años que la universidad ha sido clausurada, cortado aquel aliento de innovación académica y discusión intelectual, la ciudad vuelve al conformismo de su rutina de casas de comercio y parroquianos. Pero la nueva dinámica de intercambio, consumo y demanda de bienes no está asociada a un concepto de bienestar donde encajen otras expectativas. La creación de la Escuela de Ciencias Políticas y el conciliábulo reunido en torno a la llamada Casa de la Libertad parece ser todo el adelanto conseguido por la gestión civil hasta la muerte de Gómez. Comercio y consumo por sí solos no movilizan representaciones de la ciudadanía ni modelan instituciones de resguardo de la civilización. Los saqueos, vandalismo y muertes ocurridos en Maracaibo con la desaparición de Gómez es el mayor episodio de violencia de aquellos días, hace palidecer el caraqueño 14 de febrero de 1936. Se trató de la pobreza



contra el símbolo nominal de la riqueza: almacenes y depósitos. El gobierno central resarciría a los propietarios agraviados pero para los muertos no habrá indemnización. Fuenteovejuna no extingue la indiferencia ni instala prospectos de democracia. No hay una herencia inmediata de aquella dinamización susceptible de crear grupos de gestión capaces de representarse la comunidad en términos de continuidad y exigencias de futuro. Deberán transcurrir otros 25 años para ver la reapertura de la Universidad del Zulia, detrás de esta conquista tenemos la paciente diligencia de un grupo distinguido que insiste casi desde la mudez (Jesús Enrique Lossada, Alejandro, Fuenmayor, Néstor Luis Pérez). Y sin embargo no es sino una acción política militante el catalizador definitivo de aquel reclamo, así puede decirse sin injusticia como la reinstalación de 1946 es consecuencia

directa del golpe de Estado de 1945.

“Los grupos involucrados en el comercio se beneficiaron con el crecimiento de los pueblos petroleros. Los comerciantes en su mayoría dueños de pulperías que abastecían a los residentes fueron incapaces de atender a la creciente población”. (Tinker Salas, pág. 134). El Estado reacciona frente al panorama de colapso y franco atraso de la infraestructura, pero no hay reinversión sustentable del capital empresarial, aunque este ha experimentado el mayor sacudón en términos de acumulación como ningún otro en el país. El gobierno central comisiona al ingeniero caraqueño Pedro José Rojas para examinar las razones de la escasez de agua en la ciudad, expone sus consideraciones y desde ese informe se adelantará el acueducto de La Hoyada (1926). El casi centenario muelle de la rada se ha visto estremecido por el flujo de casi mil embarcaciones al mes. A finales de 1928 se concluye la construcción del nuevo malecón con sus condiciones funcionales de un puerto eficiente. No es sino en 1939 cuando la empresa privada decide explotar un nicho natural: el transporte entre las dos costas mediante el servicio de *Ferry-boats*. El Puente Rafael Urdaneta (1962) será la siguiente obra de envergadura, y hasta hoy.

Pero antes, las compañías han debido vérselas con el desnivel natural de una zona de poblamiento palafítico. La subsidencia por contracción del espacio desalojado por la extracción aumenta aquel desnivel. Es así como el muro de contención es una obra de ingeniería hidráulica, infraestructura esencial de producción, no valorada en su justa significación y tal vez vista, para efectos de mantenimiento, como parte de la orografía natural. La pared de tablestaca levantada en 1925 da paso a un sólido farallón, y debe ser

atendido como un vigía que resguarda vidas, bienes y pueblos. Su función ha sido la de resguardar la actividad en el campo de explotación más importante del país, escudo no solo de las zonas de poblamiento sino del principal activo de la economía nacional. Su existencia es desconocida por los habitantes del país, su vista imponente recuerda un levantamiento tectónico, la cresta de un animal fabuloso que a nadie impresiona. Contiene las aguas y permite el desarrollo de una corta sabana xerófila, frenada por la línea paralela de la carretera Lara-Zulia. Es un guardián que reclama su justa solemnidad.

Aun cuando descubre un mundo y precipita una transformación, la biografía de “El Barroso” se reduce a dos fechas, después del *gusher* no parece haber más datos, ninguna referencia o comentario, es un pozo cuyo nombre ya no se asocia sino a un sector del arrabal de La Rosa. Los nombres de la cuadrilla no se han conservado, como sí ocurrió con “El Zumaque”; nos queda el apellido del capitán de los Vasallos conjuradores de San Benito (Arrieta). También encontramos a un viejo conocido, Samuel Smith, el peón curazoleño devenido cabimero, que había estado en Mene Grande, entre los zapadores de “El Zumaque” –un anciano entrevistado en los años ochenta recuerda su nombre. Tras ser cerrado, la vegetación cubre el hito y durante 50 años nadie es capaz de ubicar el lugar. “1931. 14 de agosto. R-4, Los Barrosos-2, es cerrado y luego abandonado. Su producción total durante 8 años, sin contar el volumen producido durante el reventón de 1922, es de 90.000 metros cúbicos” (Anibal Martínez, pág. 72). Pero esa biografía no se limita al episodio temporal de su estallido y agotamiento, su significación se proyecta en el destino de un país, impactó los aspectos esencia-

les del tejido social, redefinió la economía e instaló una cultura novedosa, de un fecundo imaginario, aunque todavía en proceso de redención. En esa medida es una biografía sin duda inconclusa.

El punto parece haber sido relocalizado en 1970, no hay acuerdo sobre cómo ocurrió, el autor y la fidelidad de esa ubicación. Pero en 1980 se inaugura allí, en el borde de la Avenida Intercomunal de Cabimas, un recordatorio, suerte de plaza, espacio árido y sin mayor significación ni evocación, sin árboles ni jardinería, el cemento vaciado como puro alarde de la civilización. En 2014 la instalación es intervenida y rehabilitada, abierta al público con el nombre de “Complejo Artístico Urbano El Barroso de la Costa Oriental del Lago”. ☉

Los antecesores (Orígenes y consolidación de una empresa petrolera). Anónimo. Lagoven. Caracas, 1989. 250 págs.

National Petroleum Convention. (Documentos presentados en aquella Convención realizada en Caracas entre el 9-18 de septiembre, 1951). Estados Unidos de Venezuela. Ministerio de Energía y Minas. Caracas, 322 págs.

“La geografía del poblamiento de la Venezuela petrolera”. Pedro Romero. En: *Geo Venezuela*, tomo 1. Capítulo 5, (286-329), Caracas, 415 págs.

Revista de la Universidad del Zulia. Año 1, No. 1. Mayo de 1947. Maracaibo-Venezuela.

Una herencia que perdura (Petróleo, cultura y sociedad en Venezuela). Miguel Tinker Salas. Editorial Galac. Caracas, 2014, 232 págs.

Cronología del petróleo en Venezuela. Anibal Martínez. Editorial Librería Historia. Caracas, 1970, 261 págs.

Trabajos Escogidos. Henri Pittier. Ministerio de Agricultura y Cría. Caracas, 1948, 246 págs.

PUBLICACIÓN >> RAYMA, ALMARZAALE, EDO, PINILLA Y WEIL

El poder de reírse o reírse del poder

Una muestra del trabajo de cinco caricaturistas venezolanos – Rayma, Almarzaale, Edo, Pinilla y Weil –, reúne el libro *El poder de reírse* (Editorial Frontera Viva, 2022), recién publicado en Colombia. Su editor, Tulio Hernández, incluyó el prólogo que sigue, en el que reflexiona sobre la publicación

TULIO HERNÁNDEZ

El humorismo en sus más diversas manifestaciones, que van desde el artículo y la crónica hasta el *stand up comedy* y los portales digitales a la manera de *El Chigüire Bipolar*, ha sido una de las más sólidas y eficaces formas de resistencia a la inmensa patraña ideológica, manipulación de la historia y asfixia de la libertad de expresión sobre la que se ha edificado el régimen autoritario conocido como “Socialismo del siglo XXI”.

No podía ser de otra manera, porque el humorismo como instrumento de lucha y crítica política tiene en Venezuela una muy larga tradición que se remonta a los orígenes mismos de la República independiente que se forjó en las primeras décadas del siglo XIX. Nuestra historia está cargada de figuras como Job Pim (Francisco Pimentel), Miguel Otero Silva, Aquiles Nazoa, Graterolacho (Manuel Graterol Santander), José Ignacio Cabrujas, Jorge Blanco – por solo nombrar unos pocos – que recurrieron al humor como recurso e instrumento expresivo y dejaron huellas imborrables en nuestra memoria colectiva.

Un capítulo decisivo de esa tradición lo hallamos en el humorismo gráfico que en la era democrática encontró su mejor expresión en la caricatura que se practicaba de manera común, tanto en periódicos y revistas “serios”, como en publicaciones explícitamente humorísticas como *El Gallo Pelón* (1953-1970), principalmente en los años 1960, *El Sádico Ilustrado* de los años 1978 a 1980 y *El Camaleón* entre 1988 al 2003.

La caricatura, que algunos maestros como Pedro León Zapata en *El Nacional* llegaron a convertir en una forma de editorial diario sobre lo más trascendente o conflictivo que ocurría en el país, se hizo una forma de expresión casi cotidiana e indispensable, componente fundamental de nuestra prensa escrita y, en el presente, de las redes sociales. Una vez que se impuso el régimen cuasi totalitario conducido por el militar golpista Hugo Rafael Chávez y se produjo el cerco a la libertad de expresión

que ha hecho desaparecer casi totalmente la prensa libre, el humor se fue haciendo cada vez menos soportable por parte del poder, y sistemáticamente, con notables excepciones, los humoristas, especialmente los caricaturistas, comenzaron a ser atacados, cuando no abiertamente censurados y expulsados de sus medios por parte de la cúpula de militares golpistas y civiles de ultraizquierda que conducen el país desde 1999.

Durante estos veintidós años, junto al trabajo persistente de maestros como Zapata, quien nos dijo adiós en el 2015, el país vio surgir una nueva generación de caricaturistas que incorporaron nuevos lenguajes, recursos expresivos y tendencias, manteniendo lo esencial de la caricatura política, su capacidad para confrontar el poder, desnudarlo, desmontarlo y señalarlo en sus abusos, perversiones y distorsiones.

Cuando un buen amigo me sugirió la idea de hacer un libro sobre el humorismo gráfico que se había

multiplicado en estas poco más de dos décadas de “hegemonía comunicacional” chavista, comencé a buscar en las redes sociales caricaturas contra el poder rojo, y me encontré con una producción descomunal de piezas realizadas en los cinco continentes.

Una producción directamente proporcional al nivel de rechazo, cuestionamiento, desprecio, ira y conmoción que suscita un régimen cuya legitimidad desconoce la mayoría de los gobiernos democráticos de Occidente y que ha llevado a las principales instituciones de defensa de los derechos humanos del planeta a condenar a la cúpula gobernante, no solo como violadores sistemáticos, sino como criminales de lesa humanidad.

Es entonces cuando entra en juego Yesenia Camacho, aliada en esta iniciativa editorial, egresada de la maestría en Políticas Culturales de la Universidad Central de Venezuela, donde he sido profesor durante varios años, y comenzamos a desa-



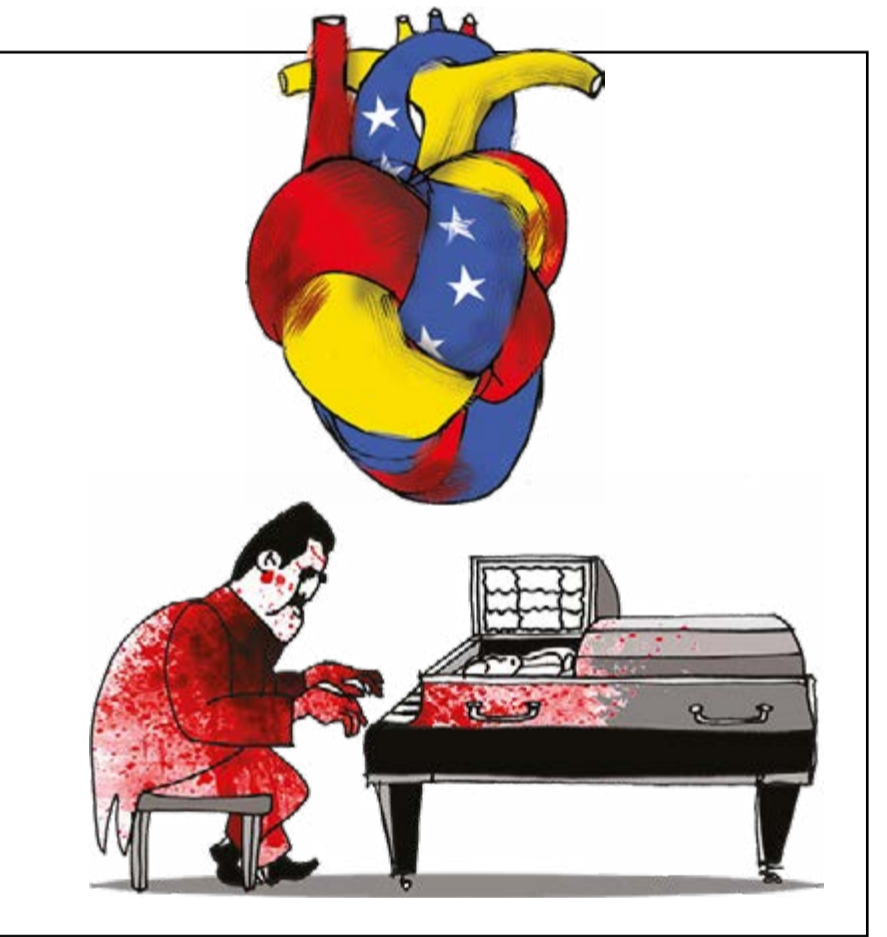
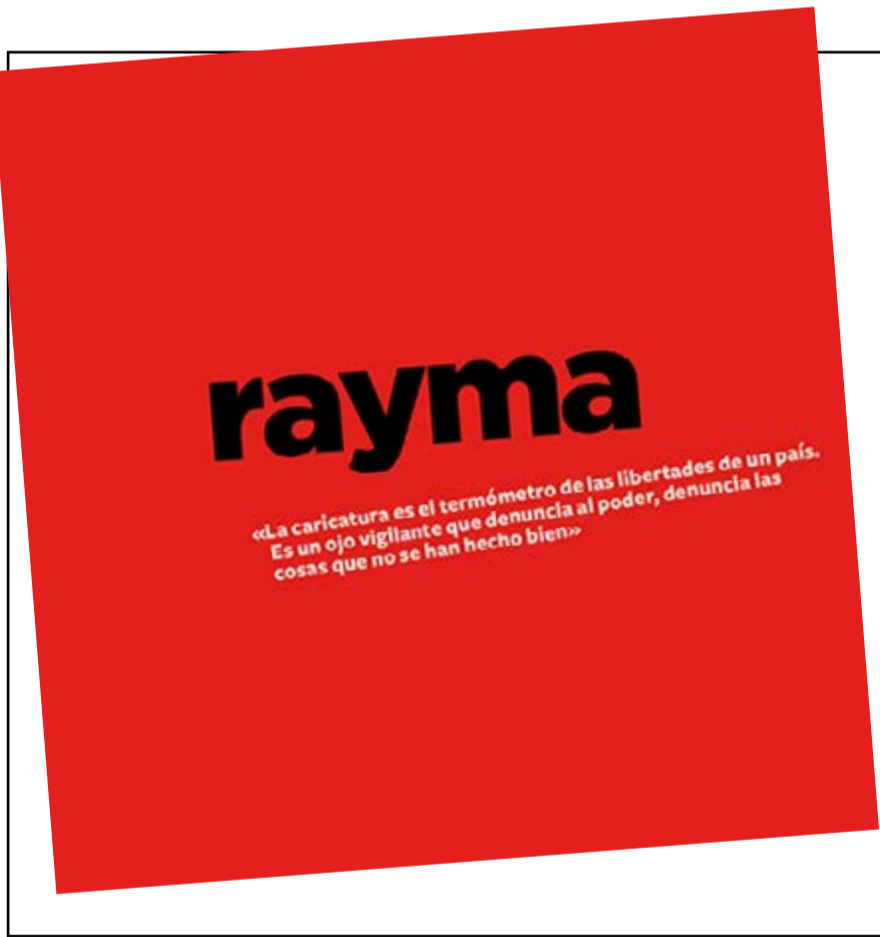
rollar una pesquisa nueva centrando ahora el foco solo en caricaturistas venezolanos.

El resultado fue la selección de cinco de ellos: Rayma, Weil, Edo, Almarzaale y Pinilla, por sus nombres de batalla, cuya obra es notablemente reconocida dentro y fuera del país, cuya persistencia y valentía se ha mantenido incólume durante esta era oscurantista, y cuyo trabajo ha logrado sobrevivir en medio de las penurias editoriales y las persecuciones y ataques.

No es casual, que como ocurre con poco más de siete millones de venezolanos, de los cinco autores, cuatro tomaron la decisión de irse de Venezuela y buscar una segunda oportunidad refugiándose en los Estados Unidos donde residen actualmente,

persistiendo algunos de ellos en el humorismo gráfico, incursionando otros en nuevos lenguajes plásticos o combinándolos con otros oficios que nada o poco tienen que ver con la creación artística.

El libro que ahora estamos presentando tiene un doble sentido. Por un lado, es una muestra, a la manera de un “Yo acuso”, del trabajo de denuncia sistemática hecha entre el año 1999 y el presente, 2022, por cinco de nuestros grandes caricaturistas. Y, por otra parte, es una forma de reconocimiento, de puesta en valor de su aporte creativo, que es a la vez artístico y político, lúdico y comprometido, y que en su conjunto ilumina una era oscura y deja constancia de aquello que no debemos olvidar para que no vuelva a repetirse. ☺



(Continúa en la página 14)

El poder de reírse o reírse del poder

(Viene de la página 13)

